figuras y episodios de la historia de méxico

Carlos Alvear Acevedo

La Guerra del 47

No. 41
$ 5.00

Editorial Jus

CARLOS ALVEAR ACEVEDO

NACIO en Méjico, en 1920. Estudió en la Universidad —Derecho y Filosofía—, y por sus particulares aficiones alcanzó la maestría en Historia. Ha escrito dos pequeños volúmenes de *Historia de Méjico,* que sirven como texto en la Escuela de Periodismo "Carlos Septién García", y una magnífica *Historia Universal Contemporánea,* que se está implantando como texto en las Escuelas Secundarias.

Cuando la Capital fue sede de uno de los Congresos de *Pax Romana,* se le llamó a presentar una ponencia. Lo cual hizo con la brillantez de quien sabe aunar la competencia, el sentido de responsabilidad y la preparación próxima para el mejor desempeño de lo que se le encomienda.

Es hombre de ideal y por consiguiente de inquietud. Lo cual resulta lógico, si se medita un poco en la situación del mundo moderno, tan trabajado por teorías que desorientan y por prácticas que deshumanizan.

Mas la inquietud que le sirve como motor para sus estudios y sus actividades, es superada en sus producciones. Nada hay más sereno, ni mejor apoyado en documentos, ni más bien expresado. Ha unido la sensatez y la claridad. Por sensato, no hace afirmaciones que no se mantengan en puntales firmes. Por claro, siempre lleva enseñanza segura y nítida.

Quiera Dios que este folleto sea el primero de una serie de este mismo autor que sirva para seguir esclareciendo épocas, personajes y sucesos de la historia mejicana, como los que tiene publicados en esta misma colección la egregia pluma de Alfonso Trueba.

Con lo cual habrá contribuído a la cultura de nuestro pueblo. Y a la orientación eficiente en cuanto a la actividad constructiva del presente y del futuro del país. Porque el conocimiento de nuestro pasado deberá ser base para fincar lo de hoy y lo de mañana.

Carlos Alvear Acevedo

La Guerra del 47



Editorial Jus, S. A. México, 1957

PRIMERA EDICION

Impreso en los Talleres de la Editorial Jus, S. A.
Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero. México 3, D. F.

I

VARIOS AÑOS ANTES . . .

UN HOMBRE de edad madura, en cuyo rostro afloraban las huellas del cansancio, de la confusión, y de un angustioso deseo de vivir, con la ropa polvosa de una agitada campaña militar, buscaba huír del aciago desastre de San Jacinto, en Texas, causado por la gente de Samuel Houston.

Una esperanza lo obsesionaba: la de llegar a Harrisburg. Pensaba que arribando allí podría cambiar el curso de unos hechos que tan ominosos se le habían presentado en ese 21 de abril de 1835, al cabo de una guerra en la que había podido acosar, y causar daños, pero no vencer, a los aventureros que buscaban la separación de la provincia mejicana. Su avanzada de 1,200 hombres lamentablemente estaba deshecha por la acción de San Jacinto —sumados muertos y prisioneros—, y menguados su prestigio y su autoridad en plena fuga. A pesar de todo, tenía fe en el futuro. Ese hombre que había jugado tantas veces con la fortuna, no desesperaba de que ésta le sonriese una vez más, y confiaba en la tropa del general Ramírez y Sesma para presentar nueva batalla que le permitiese, en forma definitiva, ganar la guerra por encima de la seria contrariedad ocurrida.

No obstante, el maltrecho soldado no pudo acelerar su retirada. Perdió su cabalgadura y tuvo que proseguir a pie, al filo de un peligro inminente.

En plena noche, el militar llegó a una finca abandonada y se

cambió de ropa. Siquiera fuese en la apariencia, iba a dejar de ser Su Excelencia el Presidente de la República, don Antonio López de Santa Anna, para tomar la fisonomía de un paisano corriente.

Apuntó el alba y reanudó la marcha. Era indispensable seguir adelante, alejarse y llegar a sitio seguro. Pero no pudo ir muy lejos. Una de las patrullas enemigas lanzadas en su contra lo alcanzó, y aunque no supo reconocer de inmediato su identidad, lo tomó prisionero y lo condujo ante Houston, *el Cuervo,* que saboreaba en aquel momento el placer de una victoria, como la de San Jacinto, alcanzada por la sorpresa, y por el descuido de Santa Anna, más que por una habilidad militar que nunca tuvo.

CAUTIVO Y HUMILLADO

En el campamento rebelde, ante Houston —ese intrigante que ayudara a la maquinación deseosa de independizar Texas y anexarla a los Estados Unidos—, Santa Anna fue reconocido por propios y extraños, quedando como prisionero de calidad cuyas decisiones habrían de ser fundamentales para el curso del conflicto.

Una torcida literatura enemiga lo presentó ridículo y caricaturesco. Santa Anna fue descrito como un personaje de opereta —gesticulador y parlanchín, prosopopéyico—, en las páginas de quienes pretendieron transformar en héroes a simples aventureros norteamericanos, aun a costa de violentar la verdad, por más que la actitud del mejicano fue más bien desafiante y de enojo, al principio de su cautiverio.

Prisionero y humillado, sujeto a un tratamiento cuyo fin era que se accediese a las exigencias de los separatistas, su situación se tornó crítica. Fue el blanco de la gritería levantada por quienes querían vengar en él las muertes de los fusilados del Alamo. Y su cabeza fue pedida a gritos, hasta el punto de que los guardias fueron reforzados para contener a las turbas. No admitió, sin embargo, sino firmar un armisticio en virtud del cual las tropas mejicanas

se concentrarían en Béjar y en Guadalupe Victoria, quedando como jefe de ellas el general Vicente Filisola.

Para Houston, Santa Anna era más valioso estando vivo. Convenía ponerlo a salvo, y fue puesto a salvo efectivamente. Pero también es cierto que aquello era sólo un medio. Lo importante era que admitiese sus puntos de vista y los sancionara como Presidente. Por eso se hizo necesario mantenerlo en sitio seguro, fuera del alcance de la masa. Así se explica que haya podido discutir en pormenor los propósitos de los separatistas, haciendo gala de su proverbial habilidad y socarronería: de todo lo cual quedó vestigio en el texto de los Tratados de Velasco que, sin consagrar expresamente la independencia texana, fueron, de todas suertes, como el punto final de una campaña concluída con tan poca gloria.

El Tratado público de Velasco, fundamental por muchos conceptos, indicaba esencialmente lo siguiente:

"Primero. El general Antonio López de Santa Anna conviene en no tomar las armas, ni influir en que se tomen, contra el pueblo de Texas, durante la actual contienda de independencia.

"Segundo. Cesarán inmediatamente las hostilidades por mar y tierra entre las tropas mexicanas y texanas.

"Tercero. Las tropas mexicanas evacuarán el territorio de Texas, pasando al otro lado del Río Grande del Norte. . .

"Quinto. Que toda propiedad particular, incluyendo ganado, caballos, negros esclavos o gente contratada de cualquier denominación, que haya sido aprehendida por una parte del ejército mexicano o que se hubiere refugiado en dicho ejército desde el principio de la última invasión, será devuelta al Comandante de las fuerzas texanas o a las personas que fueren nombradas por el gobierno de Texas para recibirlas. . .

"Décimo. El general Antonio López de Santa Anna será enviado a Veracruz tan luego como sea conveniente".

No es pues cierto que Santa Anna haya vendido Texas, ni reconocido siquiera la autonomía de la provincia, puesto que ni una ni otra cosa aparece en el contexto del Tratado. Conviene subra-

yarlo porque su compromiso formal fue distinto. Pero si la independencia no fue consagrada en modo alguno, los resultados prácticos por varias razones concurrentes no fueron distintos. . .

No parece probable que Santa Anna haya obrado con sinceridad al firmar los Tratados. Más aún, es conjeturable que estaba dispuesto a no cumplir con las estipulaciones, pudiendo alegar que habían sido suscritas en cautiverio, y eran por eso inoperantes. . . Pero si ésto ocurría desde el punto de vista del Presidente mexicano, sigue siendo un misterio por qué los generales a sus órdenes obedecieron el mandato de retirada expedido por él. El asunto no parece claro: ¿fue intencional y culpable su inamovilidad, con el resultado indisputable de tolerar en pasividad la acción de los texanos? ¿carecieron de iniciativa los generales? ¿hubo algún entendimiento? Filisola, que quedó al frente de las tropas, dispuso el retiro general y los demás comandantes lo secundaron. Cualquiera que haya sido la dirección de su ánimo, el dato inequívoco fue que al quedar estacionario o a distancia el ejército mexicano, la guerra de hecho quedó suspendida, y el gobierno del centro, envuelto en las atenciones mínimas y máximas de nuestra política quebradiza de entonces, nada pudo hacer a partir del cautiverio de Santa Anna.

AFAN EXPANSIONISTA

De toda esta trama, y su corolario, tomó cuenta y razón el Presidente de los Estados Unidos, general Andrew Jackson —gestor ostensible de la conjura antimexicana—, a través de una carta que Houston le envió para ponerlo al tanto. Tropas y aventureros, intereses económicos de los esclavistas norteamericanos, y un franco propósito de expansión hacia el sur, llenaban las líneas de esta empresa que algunos años después sería seguida por otra, más sangrienta y de mayores alcances, a resultas de la cual se despojaría a México de la mitad de su territorio.

No era, por lo demás, nada esporádico lo que entonces ocurría. La acción de Jackson y de sus enviados a Texas, respondía a

la vieja intención animada por Jefferson, por Adams, y por otros políticos norteamericanos, que deseaban la extensión territorial de su país hasta una frontera tendida a lo largo del río Bravo. Las gestiones de Poinsett, el primer embajador yanqui en México, obedecieron a la misma finalidad de consolidar un dominio claro sobre nuestras áreas del norte, tanto más apreciadas y codiciadas, cuanto más distantes estaban del centro de su autoridad, y por eso mismo más expuestas al éxito de una intriga bien llevada. Todo lo que hizo este hombre inteligente y sutil para evitar la ratificación del Tratado de Límites entre México y los Estados Unidos, tuvo la misma intención. Y es notorio, además, que el grupo masónico yorquino le sirvió —consciente o inconscientemente—, como instrumento idóneo, al cobijo de las ideas que deslumbraban a nuestros políticos sin profundidad o sin casta.

Pocos estadistas mexicanos, como Alamán, percibían el peligro que hincaba ya sus raíces de tiempo atrás. Los hombres del grupo "americano", los servidores de la masonería yorquina, eran en cambio la materia moldeable de quienes sabían lo que querían, para bien suyo y detrimento nacional nuestro.

¿En qué medida podía decirse que ésto era previsible? Hay escritos contemporáneos, y aun anteriores, que son de una claridad meridiana cuya previsión asombra. Por su agudeza, por su formidable intuición de los hechos, conviene mencionar a este propósito lo escrito por don Manuel Gayosso de Lemus, gobernador español de la Luisiana, en agosto de 1798, que constituye una verdadera antelación histórica:

"Se introducen (los norteamericanos) por la espesura de los bosques, como los indios, y particularmente por los ríos Colorado y Blanco; se introducen en los establecimientos de Atak-apas o Peluzas, Onachita, Natchitoches, San Antonio, extendiéndose a la Provincia de Texas, y no dudo que se introducirán más. Primero se familiarizan con los indios, tratan con ellos, y después hacen contrabando todos con los nativos de México; algunos quedan en aquellos territorios y no tardará mucho sin que hagan establecimientos

en ellos, de donde no será fácil removerlos. Hallándose en número suficiente establecerán sus costumbres, leyes y religión, a que seguirá formarse en Estados independientes, agregándose a la Unión General (los Estados Unidos), que no los rehusará, y progresivamente llegarán al Mar Pacífico"...

¿Podía pedirse mayor exactitud en los cálculos?

La previsión sólo fue rectificada en un punto: que el impulso mereció la atención de los políticos norteamericanos, quienes no se conformaron con esperar a que los territorios de México les llegasen alguna vez, sino que maduraron el proceso y los tomaron por ellos mismos. Y de esta suerte, progresivamente, como lo imaginara Gayosso de Lemus, la bandera de las barras y de las estrellas flameó en el Mar Pacífico, varios años después del desastre de San Jacinto, pero en íntima conexión con éste.

LA REPUBLICA TEXANA

Texas, separada de México a instancias de los Estados Unidos, no se incorporó a éstos —contra lo que podía esperarse— sino diez años más tarde.

Tal dilación fue debida a varios motivos: de una parte, a la presión diplomática inglesa, que temía el desbordamiento yanqui sobre sus colonias; de otra, a que en los Estados Unidos aleteaba ya la pugna entre esclavistas del sur y antiesclavistas del norte, mostrándose éstos inconformes con que un nuevo Estado, agricultor y esclavista, rompiera el equilibrio político difícilmente sostenido entre unos y otros.

Por tales razones, Texas quedó como una república autónoma cuyo primer Presidente fue Burnet y Vicepresidente don Lorenzo de Zavala, uno de los fundadores de la masonería yorquina, auxiliar valioso de Poinsett en la "americanización", obcecado y brillante, que poco gozó de un triunfo en el que empeñó su vida, su honor y su nacionalidad, al morir con diferencia de escaso tiempo a la culminación de su gesta lamentable.

II

GESTIONES INFRUCTUOSAS

HERRERA Y EL PACIFISMO

DIEZ AÑOS después de la derrota de San Jacinto, la independencia de Texas era un hecho consumado, pero no un derecho definido; un hecho consumado frente al cual se tejiera una gama de opiniones contradictorias en México, al opinarse de la más dispar manera: muchos políticos, no pocos militares y elementos de la masa del pueblo, inflamados por prédicas poco serenas, consideraban punto de honor el no reconocer la independencia de la lejana provincia. Para todos ellos, Texas era una parte de México cuya soberanía debía defenderse aun por medio de las armas, y a riesgo de afrontar todos los peligros inherentes a una lucha difícil.

Otros pensaban diferente, pero eran en menor número. Así, el propio Presidente don José Joaquín de Herrera, y sus ministros, don Manuel de la Peña y Peña y don Luis G. Cuevas, consideraban que era preferible reconocer dicha independencia, antes que dar ocasión a que sobreviniesen males mayores y se desbordaran con mayor amplitud los propósitos expansionistas de los Estados Unidos. Ante el peligro yanqui, optaban por el mal menor como camino de prudencia. En el Congreso hubo también quienes pensaron bajo este prisma. Don José Fernando Ramírez, por ejemplo, en comunicación que tiempo después dirigió a Santa Anna, le decía que Texas era un territorio demasiado pesado para las fuerzas de Mé-

xico: que debía reconquistársele, pero para ser entregado a otra nación, de modo que Texas viniera a servir como un amortiguador entre nuestro país y el país del norte.

No obstante, la mayoría hizo sentir su presencia. Y esa mayoría pensó que era preferible empeñarse en la defensa de la soberanía mexicana, cuando Texas estaba ya de hecho emancipada. La guerra, con todas sus implicaciones, era la actitud lógica para quienes valoraban así la circunstancia que México vivía.

¿Quiénes, por encima de un gesto pasional, arrebatado e irreflexivo, medían la hondura y el alcance de un conflicto bélico? ¿Y quiénes, empinados sobre la verdad, se percataban de la real endeblez de México ante la eventualidad de una pugna, no sólo con los texanos, sino con los mismos Estados Unidos, en dimensiones crecientes? Pocos podían ufanarse de responder afirmativamente...

Dentro de la vida pública mexicana, el Jefe del Estado quiso ser sereno. Precisamente porque los momentos eran ominosos y había la contingencia de una intervención yanqui más directa en el proceso, el Presidente Herrera optó por ser pacifista, vista la debilidad política y militar de la nación. Previendo sin embargo cualquiera emergencia, se aplicó a una política conciliadora que evitase los incidentes y las provocaciones. Política que no alcanzó sus objetivos porque, lamentablemente para su gobierno y para los fines de la organización militar, fue incapaz de poner a flote la Hacienda Pública, quedando desarticulados sus planes.

Para colmo, su actitud no fue comprendida en México, ni fuera de él.

No fue comprendida dentro del país, porque la efervescencia de las pasiones políticas impedía todo equilibrio. Ni lo fue en los círculos políticos norteamericanos, porque la intención que animaba a los gobernantes de Washington estaba claramente orientada al cumplimiento del viejo sueño de dilatar sus fronteras: Texas iba a ser sólo un capítulo en la secuela de los hechos.

Para entonces, gobernaba en la Unión Americana el Presidente Tyler.

Obrando con tiempo, y de acuerdo con los fines perseguidos y las prácticas constitucionales, Tyler inició en el Congreso norteamericano el asunto de la anexión texana a los Estados Unidos, siguiéndose los trámites que eran de rigor en estos casos. La iniciativa fue aprobada, al fin, el 1o. de marzo de 1845, sancionándose la disposición por parte del Ejecutivo Federal el 3 de marzo siguiente.

Tal decisión no constituyó ninguna sorpresa. Cualquier observador podía darse cuenta de que el curso de los acontecimientos iba a desembocar en una disposición de esta naturaleza; pero la importancia del suceso, en cuanto entrañaba una agresión recubierta a los intereses de México, desencadenó las reacciones que en el campo internacional iban a enfrentar a las dos potencias de Norteamérica, con fatales resultados para la nuestra.

En efecto, sabida la noticia, y corroborada plenamente, el ministro mexicano en la Casa Blanca, general Juan N. Almonte, dio por terminada su misión diplomática en señal de protesta, y pocos días después el gobierno nacional entregó sus pasaportes a William Shanon, representante de los Estados Unidos en México, advirtiéndole don Luis G. Cuevas, nuestro canciller, que México no podía proseguir su amistad con el gobierno del norte debido a la ofensa inferida a aquél con motivo de la admisión de Texas, provincia mexicana, en el marco territorial de los Estados Unidos.

Y es que —conviene distinguir— no era lo mismo reconocer la independencia de Texas, su erección en república autónoma, como hecho consumado, que admitir su agregación al país del norte, cuando ya no era un misterio que el absorcionismo norteamericano quería extenderse todavía más al oeste, en perjuicio nuestro, de tal modo que la anexión de Texas vendría a ser un capítulo previo, un paso inicial, seguido a poco de los demás que llevarían el impulso vital de los Estados Unidos hasta el Océano Pacífico, como ya lo

había previsto desde el siglo XVIII, casi en pormenor, el antiguo funcionario español de la Luisiana.

Era patente que el vigoroso desarrollo norteamericano, su fuerza y su falta de escrúpulos, se contenían mal en los límites de las antiguas trece colonias. Los Estados Unidos querían llegar a su expresión de máximo desarrollo, pacíficamente, por compraventas si fuere posible, como ya lo habían hecho con la Florida, comprada a España; con la Luisiana, comprada a Francia; y con el Oregón, comprado a Inglaterra... ¿Qué razones había para que México no les vendiese también territorios que contribuyesen a su integración de océano a océano? Lo importante era la afirmación nacional norteamericana, y en el logro de ésto era menester fijar los medios.

Sólo en caso de negativa, el coloso recurriría a la fuerza armada. Se actuaría, en definitiva, con un propósito inquebrantable: por la razón o por la fuerza; por las buenas, o por las malas. Pero si los bienes y las vidas podían ahorrarse, tanto mejor. Aquello era un negocio, y como negocio —fuera de todo real contenido ético— había que resolverlo; de allí que el gobierno yanqui tendiese su vista con amplitud hasta el mar, y se persuadiese de que bien valía la pena empeñar el esfuerzo de algunos enviados suyos, antes que dar sitio a un molesto y costoso conflicto militar, al que se recurriría sólo en caso extremo.

AGENTES DE COMPRAS

Un nuevo Presidente de los Estados Unidos, James Knox Polk, llegó a ocupar el cargo en Washington por esos días.

Era un hombre que vivía y sentía su momento histórico, el momento irradiante de su país, a instancias del cual inscribió en su programa electoral estas palabras que sintetizaban su pensamiento y su convicción: "Polk, Esclavitud, Texas".

Los objetivos estaban, pues, a la vista...

Una vez hecho Presidente, Polk tuvo oportunidad de ampliar sus pretensiones cuando a Texas ya se le había admitido por parte

del Congreso, consolidando la agregación de la nueva provincia, y pretendiendo adquirir en plenitud de soberanía los territorios de Nuevo México y de la Alta California: en suma, la vastedad deseada del lejano oeste, que sería escenario de un magno esfuerzo de colonización posterior. Para este efecto, Polk envió a México, estando ya rotas las relaciones diplomáticas, a John Slidell, quien, como los anteriores agentes confidenciales, William Parrot y Duff Green, pretendía "arreglar todas las cuestiones pendientes entre los dos gobiernos", merced a conversaciones directas.

En último término, se quería el reconocimiento por parte de México del río Bravo como frontera, la adquisición de Nuevo México por cinco millones de dólares, y la Alta California por veinticinco. Unas escrituras de compraventa convertidas en tratado, serían suficientes, y la paz no se rompería, asentándose en cambio el engrandecimiento de los Estados Unidos.

Pero el propósito quedó frustrado. Slidell no fue recibido por las autoridades mexicanas, por muy justas razones de dignidad, y obstruído este paso, la tirantez en las relaciones de los dos pueblos se hizo todavía más grave. El gobierno de México, que en un principio estuvo dispuesto a reconocer la autonomía texana, no quería admitir la pérdida de la mitad del territorio nacional según lo pretendían los emisarios del norte, puesto que, aparte la intención legítima de mantener lo propio, no podía saberse nunca hasta dónde quedaría satisfecho el apetito absorcionista yanqui, ni se ignoraba que tras las palabras de ropaje mercantil, estaba la aviesa intención armada de tomar la tierra de México a todo trance.

GUERRA NECESARIA Y GLORIOSA

Las cosas políticas, sin embargo, marchaban mal para Herrera. Se le tachaba de irresoluto, de falto de energía, de temeroso ante una decisión viva, de que pretendía pactar una paz que, aunque sólo quedara reducida al reconocimiento de la independencia texana, se la consideraba deshonrosa. En junio de 1845, los fede-

ralistas y liberales, al grito de "Federación y Santa Anna", quisieron derribar al régimen, pero fueron vencidos.

Hacía falta —con urgencia vital— la unidad de todos para afrontar los hechos, pero no era esta virtud política la que entonces privaba.

Tuvo éxito, en cambio, el general Mariano Paredes y Arrillaga, quien en su Plan de San Luis —de 14 de diciembre de aquel año— acumuló todas las quejas existentes contra Herrera y puso las bases para su derrocamiento.

El movimiento rebelde de Paredes se inició cuando ya estaban rotas las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, y es por esto por lo que en no pocos textos se le ha acusado de traidor. La verdad es que no fue para debilitar intencionalmente al país, con ánimo antimexicano, por lo que se sublevó dicho militar. Prudente o no, su propósito era el de crear un gobierno con suficiente fuerza en México, que permitiese enfrentarse en condiciones mejores a la eventual guerra con los yanquis, solución que muchos consideraban como la única para detener a la potencia del norte, cada vez más agresiva en sus pretensiones. Tan fue así, que el Plan de San Luis tuvo la adhesión de un buen número, coincidiendo con el anhelo de repeler el amago internacional. Fuerza, resistencia, energía defensiva, era lo que se solicitaba desde muchos planos, insistiéndose en la necesidad de que hubiese un Presidente más osado para hacer frente a la situación de emergencia. Y no pocos, en aquel momento, imaginaron que ese hombre era el general Paredes.

La opinión pública, en grandes núcleos, estaba por la defensa armada.

"El gobierno —decía el Plan de San Luis calificando al régimen contra el que fuera dirigido— pretendía librarse de una guerra necesaria y gloriosa, por medio de concesiones que menoscaban la dignidad y rompían el único dique con que podían combatirse las pretensiones ambiciosas de una potencia tan poderosa como pérfida"...

Ante la exaltación patriótica, es justo decir, no obstante, que

si Herrera había llevado en un principio las negociaciones con sentido pacífico, era porque estimaba que México no estaba apto para esa guerra "necesaria y gloriosa" que estaba llamando a las puertas de nuestra historia.

En estas condiciones, cuando Herrera presentó su renuncia en vista del generalizado pronunciamiento en su contra, el general triunfador, el jefe de la sublevación armada, general Mariano Paredes y Arrillaga fue designado Presidente interino —con el intermedio del general Valencia— en cuyas funciones estuvo de enero a julio de 1846, viviéndose la transición de la paz al estado de guerra.

LOS EXTREMOS SE TOCAN

El Congreso Nacional Extraordinario ratificó a Paredes en su puesto, y éste procuró acabar con el burocratismo que impedía la acción rápida del Gobierno, de modo que por segunda vez en México Independiente —después de la primera administración del general Anastasio Bustamante— la Hacienda Pública estuvo nuevamente equilibrada aun dentro de los ominosos momentos que se estaban viviendo.

El Estado persiguió el juego, y también tomó medidas a favor de la seguridad en los caminos, al tiempo de aplicarse con energía a la indispensable reorganización del ejército, como instrumento necesario a la cohesión del país, de cara a la agresión que se gestaba ya en grandes proporciones.

PROPAGANDA MONARQUICA

Empero, bajo el equilibrio externo, bullían las fuerzas políticas.

Diversos grupos de mexicanos actuaban, y el hecho dramático de la guerra que se cernía sobre México hacía pensar a los hombres de las varias tendencias políticas que la solución salvadora para México estaba en un cambio de régimen, en una muta-

ción de estructura: los monarquistas sostenían la realeza como camino de bien nacional; los federalistas afirmaban que México sólo podría rescatarse de su marasmo mediante el establecimiento del régimen federal, sin que nadie pospusiera la discusión política para obtener la unificación indispensable en la labor de todos.

El mismo Presidente Paredes fue tachado —acaso exageradamente— de monarquista. Se decía incluso que favorecía la propaganda de quienes, como Alamán, Sánchez de Tagle, Díez de Bonilla, Elguero, y otros, redactaban el periódico llamado *El Tiempo*, a favor de un cambio en la forma de gobierno hacia la monarquía, y cuyo candidato parecía ser el Infante don Enrique, cuñado de doña Isabel II de España.

"La libertad civil —decían los monarquistas a guisa de postulado general— se ahogó en continuas revueltas; y de un ejército aguerrido y disciplinado quiso hacerse un instrumento de ambición y de anarquía. Los presidentes y los congresos cayeron precipitadamente por sangrientas revoluciones... Ahora, si nos preguntáis qué queremos, qué deseamos, vamos a decirlo francamente. Queremos una monarquía representativa, queremos la unidad de la nación... en fin, todas las promesas y garantías del Plan de Iguala".

Era, justamente, lo que había querido Iturbide, y lo que pudo haber tenido validez a raíz de la consumación de la independencia, cuando había una fuerte corriente monárquica que pudo haber servido de base de sustentación al régimen. ¿Pero podía decirse que el ambiente social y político era el mismo, a varias decenas de años de diferencia histórica? Lo curioso era que algunos, como Alamán, que se daban cuenta entonces de la atingencia política estampada en el Plan de Iguala, habían colaborado con las administraciones que consolidaron la caída del ex emperador... Y si bien el tiempo les había hecho reflexionar sobre lo acontecido en años previos, era notorio que el clima social había cambiado, de suerte que aun entre los mismos hombres de

ideas tradicionalistas había republicanos de fuertes convicciones, siendo don Luis G. Cuevas el ejemplo más destacado.

En realidad, la propaganda monárquica, en plena tensión internacional, avivó —¡a buena hora!— las polémicas y discusiones sobre la forma de gobierno, creándose un fuerte movimiento republicanista, a título de reacción, que obligó a Paredes a ordenar la suspensión de aquella propaganda.

LA "INGENUIDAD" FEDERALISTA

Los extremistas del federalismo también tenían cifradas sus esperanzas de superación en un cambio, en una modificación de la fisonomía política nacional: México, tal como estaba, pensaban ellos, no podría hacer frente a su destino inmediato, y era necesaria la conversión que lo elevara a mejores planos.

Don Manuel Crescencio Rejón, el inteligente y exaltado político yucateco, portavoz de tales ideas, decía a este respecto —con la exageración que le fue propia—, iniciado ya el conflicto: "la guerra que nos hacían los Estados Unidos era una guerra de principios y que no podría sostenerse puramente con las armas, que necesitábamos instituciones parecidas a las de ese pueblo, para poderlo detener en nuestras fronteras y evitar que nos absorbiera"...

Notoriamente, Rejón se equivocaba: la guerra no era cuestión de principios, sino de realidades políticas y económicas de expansionismo imperial, ni era cuestión de instituciones. Sólo un ingenuo —con esa ingenuidad de nuestros políticos de hace un siglo, que nos costó tan cara— podía creer que los soldados norteamericanos se detendrían en la frontera sólo porque nosotros les copiáramos sus instituciones... La pasión política cegaba a Rejón, lo mismo que a muchos otros que por el árbol de los prejuicios que tenían delante, no alcanzaban a ver el bosque, y contribuían a la confusión general, a la anarquía y a la dispersión de las fuerzas sociales.

En los dos extremos de la lamentable polémica, el de los

monarquistas y el de los federalistas, había —de más está decirlo— una inoportunidad manifiesta para debatir el criterio político en aquellas circunstancias.

FEDERACION Y SANTA ANNA

Entre tanto, por imperativos de la defensa, Paredes dejó a cargo del general Nicolás Bravo el Poder Ejecutivo —del 29 de julio de 1846 al 6 de agosto del mismo año—, disponiendo el Congreso que se declararan las Bases Orgánicas, elaboradas en 1843, como constitución política de la República.

Justamente por esto —que establecía una vez más el centralismo— y no obstante que algunas semanas antes, el 13 de mayo de 1846, los Estados Unidos habían declarado la guerra a México, los federalistas iniciaron una nueva revolución, cuyas consecuencias no se hicieron esperar. . .

El ejército mexicano sufría sus primeras derrotas en el norte, cuando varios grupos de militares se lanzaron a la revuelta a los gritos de "Federación y Santa Anna" y "Contra el Príncipe Extranjero" —aludiendo a la propaganda monárquica—, rebelando a las tropas que Paredes tenía listas para la campaña, inclusive las tripulaciones de los barcos destinados a la defensa de California, que quedó por ello abandonada a sus propios recursos.

Directores de los pronunciamientos fueron —por supuesto— don Valentín Gómez Farías, el del pacto en Nueva Orleans que facilitó la independencia de Texas; don Manuel Crescencio Rejón y don José María Lafragua, prominentes personajes del Partido Liberal y federalistas a ultranza, cuya acción tuvo repercusiones de trastorno efectivo, con alcances inusitados. Todo México quedó a la deriva, en anarquía cabal: en un momento dado, dentro de una atmósfera social de perturbación y desasosiego, no se sabía ya por dónde y quién estaba rebelado, ni con quién podía contarse para ir a defender el suelo nacional hollado por los invasores. Los hechos eran desgarradores, y tanto más lesivos

a la nación, cuanto que suponían pérdidas de vidas, de energías, de bienes y municiones, en momentos que clamaban, a grito herido, por la unidad y la consolidación de las energías internas... Los norteamericanos no podían desear nada mejor que ver a los mexicanos desangrarse entre sí, abreviándoles la tarea.

¿Podía decirse que era la ingenuidad federalista la que estaba en marcha?

Casi simultáneamente con la declaración de guerra, el general Juan N. Alvarez, cacique tradicional de la costa de Guerrero, y sublevado desde el mes de abril, recibió implementos de guerra de los Estados Unidos... para luchar contra el régimen constituído. Estos implementos fueron desembarcados en Zihuatanejo por súbditos norteamericanos, según informara de ello el gobernador de Michoacán, don José de Ugarte, en carta dirigida al general Paredes: "Nuevamente se me ha asegurado, escribió el 25 de mayo, no haber duda en el desembarco, por el puerto de Zihuatanejo, de algunos norteamericanos con armas y municiones para auxiliar a Alvarez. Por la importancia de tal noticia he creído conveniente repetírsela a usted".

Lo que no era de sorprender en Alvarez, como dijera don Nicolás Bravo, dados sus antecedentes y su carácter: "El pronunciamiento de don Juan Alvarez no es extraño para mí —escribió el héroe insurgente— porque si bien es cierto que siempre ha estado en revolución, lo es igualmente la analogía que tienen sus planes con su carácter miserable e inconsecuente. Ese hombre fatal, no es el enemigo a quien se puede temer, porque es ruin y cobarde; pero por su astucia y por la depravación de su corazón, es un mal local que tiene la República que la complicará siempre porque sirve de pretexto para dudar aun de nuestra civilización".

Otros sublevados fueron: Téllez, en Mazatlán, y Yáñez, en Guadalajara. Más tarde hicieron lo propio las guarniciones de Veracruz y de Oaxaca. Al fin, pronunciándose también las tropas de la Ciudadela, el general Paredes quedó preso, y el Presidente interino, Bravo, tuvo que entregar el poder al jefe de los rebeldes

en México, general José Mariano Salas, quien quedó ostentando el carácter presidencial, convocó a un Congreso Constituyente, tan espurio como podía serlo al nacer de unas malas elecciones tramadas a la sombra de una facción, y el 22 de agosto, siguiendo la orientación de los insurrectos, se restableció la Constitución Federal de 1824.

Las consecuencias fueron malhadadas. El federalismo, que fue unión de lo que estaba disperso en los Estados Unidos, en México fue dispersión de lo que estaba unido: así ocurrió en la primera república federal, y así volvió a repetirse durante nuestra guerra con el país del norte, aciagamente: muchos estados no contribuyeron en nada al sostenimiento del esfuerzo defensivo, llegando al colmo el caso de Campeche, que se declaró neutral en el conflicto. En contraste, y pasando por encima de mil dificultades, extremaron su aportación humana y de recursos, estados como Guanajuato, Jalisco, Querétaro, Aguascalientes, Michoacán y San Luis Potosí.

Como quiera que haya sido, México, envuelto en la guerra, se vio obligado por los hombres en el poder a abandonar el centralismo para cubrirse con el ropaje federalista, lo que, para algunas mentes, era más importante en aquellos momentos que aprestarse a la defensa misma de la patria.

SANTA ANNA RETORNA A MEXICO

La rebelión se había hecho para establecer las instituciones federales —esas que según Rejón iban a detener a los soldados de los Estados Unidos—, pero también para que volviese el general Antonio López de Santa Anna, exiliado en Cuba, puesto que "Federación y Santa Anna" había sido el grito de los combatientes.

¿Pero de qué manera? ¿Cómo podría volver Santa Anna si

las naves de guerra norteamericanas habían bloqueado ya las costas del Golfo?

El astuto Santa Anna, fértil en recursos, se comunicó con el Presidente Polk a través de un enviado suyo, que fue el coronel Alejandro Atocha —español, trapisondista, aventurero y falto de escrúpulos—, quien le indicó al funcionario norteamericano que el ex Presidente de México estaba dispuesto a gestionar el tratado que los yanquis ambicionaban, arreglando pacíficamente los problemas en disputa. No había más que un requisito para que las operaciones pudieran emprenderse: que Santa Anna tuviera paso libre por el puerto bloqueado, que una vez en tierra, las negociaciones seguirían su curso. El Presidente norteamericano envió al comandante A. S. Mackenzie a La Habana, y éste obtuvo de Santa Anna una ratificación de la propuesta, en la que Polk quiso creer.

Después de todo, podía pensar, no se perdía nada con dejarle paso franco, y sí, en cambio, podría verse la posibilidad de un entendimiento que suspendiese el conflicto.

Esto explica, en síntesis, por qué Santa Anna pudo volver al país, por más que estando ya en tierra nacional no quiso, ostensiblemente, acceder a las negociaciones prometidas, que tuvieron, así, el aspecto de una estratagema en la que los norteamericanos fueron burlados.

AGITACION POLITICA

El 14 de septiembre de 1846, y entre carros alegóricos —en aquel ambiente de farsa que tenía el fondo de una tragedia auténtica para el pueblo—, hicieron su entrada triunfal a México los nuevos directores de la vida pública, aunque en lo oficial no se hicieron cargo de ella de inmediato.

Sí se insistió en el ideal federalista, como ideal de salvación nacional. Con tal ánimo, cuando el general Antonio López de Santa Anna recorrió las calles de México al lado del doctor Va-

lentín Gómez Farías, llevaba junto a sí un gran cuadro de la Constitución Federal de 1824 —símbolo del cambio de régimen que superaría todos los escollos y todos los contratiempos que afectaban a México—, aunque la vigencia de dicho estatuto no se realizó sino con retraso, viviéndose ya el hecho simultáneo de las operaciones militares que, una tras otra, iban menguando nuestro territorio a golpes de agresión extraña y de desunión doméstica.

Un hombre gris, opaco, sin personalidad de ninguna especie, simple instrumento de otros, como era el general Salas, ocupó la Presidencia hasta fines de diciembre de 1846, en que se encargó del Poder Ejecutivo a Gómez Farías, sin que se viese aún, como era de exigirse, un esfuerzo metódico y bien estructurado para poner a la nación en positivo pie de guerra. Se pensaba en todo, menos en una planeación a fondo del estado de cosas planteado por el conflicto, como si no se supiese pulsar con gesto superior el alcance de lo que se necesitaba, ni se quisiese dar cara a una responsabilidad entrañable: ¿era pues imputable esto a un descuido de Gómez Farías? ¿hubo deslealtad, como aseguran algunos, dada la equívoca conducta del patriarca reformista, que once años antes firmara el documento de Nueva Orleans, de cabal consentimiento a la rebelión texana? Cualquiera que haya sido la razón, los hechos estaban allí, y los resultados no tardarían en producirse con dilatada trascendencia.

Por lo demás, el paso del centralismo al federalismo —contra lo que hubieran querido algunos— no se llevó a cabo serenamente, con atingencia política, ni con firme armonía de fuerzas. Se llevó a cabo en medio de una viva agitación política en la que las amenazas de pillaje y muerte eran continuas, y no contra los invasores angloamericanos, sino contra los habitantes de la capital mexicana, cuyo desconcierto y confusión fueron grandes, a tenor de lo que escribiera el arqueólogo y liberal don José Fernando Ramírez, contemporáneo de los hechos. En las mismas *Memorias* de don Guillermo Prieto, tan cargadas a veces de tergi-

versaciones, no dejaron de asentarse los perfiles de la turbación política que México vivía, con grandes mitines en los que Juan José Baz, atrabiliario y demagogo, injuriaba a todos los reales o supuestos enemigos de sus ideas, comenzando con el Papa de Roma. . .

¡Y este era el cuadro de la vida metropolitana, mientras la guerra hincaba su presencia!

III

LA CAMPAÑA EN EL NORTE

LA "AGRESION" MEXICANA

LA guerra entre México y los Estados Unidos fue debida, sobre todo, a la ambiciosa expansión norteamericana frente a una potencia meridional dividida y desgarrada, como la nuestra, en la que el concepto vivo de nacionalidad presentaba muchos vacíos.

Era una guerra que no iba a concretarse a la absorción de Texas. El coloso quería también cuantas provincias mexicanas se extendían hasta el Pacífico, como expansión que estimaba natural, y que México se había negado a vender. Los hechos tenían una dinámica comprensible cuyas líneas directrices resultaban patentes. Sencillamente, la energía de los pioneros angloamericanos estaba puesta en marcha, siendo viejos de muchos años —como se sabe— los proyectos de ampliación territorial en las mentes de los estadistas de Washington. Por ello, rotas las relaciones diplomáticas, y vista la negativa mexicana a desprenderse de una parte de su suelo, no quedaba a los Estados Unidos sino el camino del despojo para que el objetivo se alcanzara. Unico requisito que hacía falta: el pretexto o incidente indispensable, el mismo incidente de rigor que surge siempre que un poderoso busca la necesaria justificación oficial a su agresión, para poder exhibirse ante los demás con un mínimo de decoro internacional —ante el hi-

pócrita "concierto del mundo civilizado"—, así anidasen en su espíritu las intenciones más reprobables...

Los hechos se presentaron a pedir de boca: un piquete de soldados mexicanos, dirigidos desde Matamoros por el general Pedro Ampudia, tuvo un choque contra una fuerza norteamericana entre los ríos Nueces y Bravo, en suelo que tradicionalmente no se consideraba de Texas, sino de Tamaulipas... ¿Quién podía decir que invadía a quién? La respuesta dependía del punto de vista. Los norteamericanos consideraban que los soldados de México habían violado lo que estimaban ya como suelo propio, debido a que el Congreso de su país había decretado por sí y ante sí que Texas llegaba hasta el Bravo —como pudo haber dicho que llegaba hasta Panamá o hasta Magallanes, según dice irónicamente Roa Bárcenas—; mientras los mexicanos consideraban que aquella tierra, al norte del Bravo, era parte de México puesto que México no había hecho a nadie cesión de su soberanía en ningún momento.

Ante el incidente, las dos naciones se aferraron a su criterio. Era natural. Pero lo que importa subrayar es que un hecho relativamente simple, un mero choque fronterizo de patrullas, acaso reparable con explicaciones diplomáticas si hubiese mediado la buena voluntad en el gobierno de Washington, fue presentado por el Presidente Polk ante el Congreso de los Estados Unidos como un acontecimiento fundamental que tenía que ser violentamente reparado. ¿Eran realmente los Estados Unidos las víctimas de una agresión injusta? Hay ironías sangrientas, pero lo cierto es que la cuestión de las patrullas sirvió para obtener la declaración de guerra el 13 de mayo de 1846, con base en el mensaje presidencial —exhibido después de dos horas de piadosa oración— que decía: "México ha cruzado la frontera de Estados Unidos invadiendo nuestro territorio y derramando sangre americana en suelo americano... la guerra existe, y a pesar de todos nuestros esfuerzos para evitarla, existe por obra de México mismo..."

Sin duda, la ampulosa expresión de Polk era discutible en sus alcances jurídicos. Todavía más discutible lo era en sus alcances morales. ¿Hubo una verdadera agresión mexicana contra la integridad de los Estados Unidos? ¿Aun suponiendo, sin conceder, que tal agresión de un piquete de soldados hubiese existido, era de tal naturaleza que ameritara la guerra con todos sus horrores? ¿Era suficiente, en fin, una pugna de patrullas, para que todo un pueblo tuviera que cubrirse de dolor, de miseria, de sangre y de humillaciones, como resultado previsible del conflicto a que se daba lugar? Para el Congreso norteamericano, éstas eran minucias intrascendentes. El meollo jurídico y ético de la guerra no fue ahondado. Y aceptó como válidos los argumentos presidenciales sin ordenar una investigación adecuada, cuando ya en la práctica, como una medida de cálculo frío, de metódica organización de las operaciones, las tropas del general Zacarías Taylor ocupaban desde julio de 1845, la ribera derecha del río Nueces, listas a actuar por lo que pudiese ocurrir. . .

OPINIONES DISCREPANTES

Muchos habitantes del norte de los Estados Unidos, enemigos del régimen esclavista sobre el que se fincaba la economía del sur, no apoyaron con entusiasmo la guerra, acaso por ver en ella una maniobra torcida de los sudistas para aumentar el número de las entidades que disponían de esclavos. Ignoraban que la conjura venía de más lejos y que entre los padres de la patria norteamericana ya había tomado cuerpo el proyecto de una expansión a costa del territorio mexicano. Ignoraban también que aquel negocio iba a ser realmente productivo.

Los disidentes, los que no opinaban en un todo como los hombres que estaban en Washington, tuvieron un eco de su criterio en las siguientes palabras, escritas por el general Ulises Grant —futuro Presidente de los Estados Unidos—, en sus *Memorias:*

"Considero la guerra de los Estados Unidos contra México

como una de las más injustas que alguna vez se ha hecho por una nación fuerte contra otra más débil. Fue un comprobante de cómo una república puede seguir el mal ejemplo de monarquías europeas, que cuando desean aumentar su territorio no toman en consideración la justicia. La ocupación, separación y admisión de Texas, fueron desde el principio del movimiento hasta su final consumación, para adquirir territorio con qué poder formar estados esclavistas para la Unión Americana. Y aunque la admisión pudiese justificarse, la manera con que la guerra fue llevada contra México no puede serlo".

Era una opinión limpia y valiente, que sabía ver claro por encima del sentido nacionalista. Otros norteamericanos, de diversas categorías y posiciones, pensaron lo mismo, y condenaron el atentado. No obstante, fue notorio que constituían una minoría consciente: frente a ellos, la gran mayoría del pueblo norteamericano mostró su anuencia a la guerra de conquista que iba a redituar beneficios: vivos estaban los deseos de engrandecimiento nacional, en su voluntad de afirmación, para que se viese con ojos de escrúpulo ético la dimensión del conflicto, y toda objeción quedó ensombrecida ante la posibilidad del triunfo y la perspectiva de un dilatamiento territorial incomparable.

EJERCITOS EN MARCHA

Simultáneamente al inicio de las operaciones en tierra, dos flotas norteamericanas bloquearon nuestras costas: la flota del Pacífico, dirigida por el comodoro Sloat y después por el comodoro Stockton; y la del Atlántico, mandada por el comodoro Conner.

México no tenía, en cambio, en cuanto a marina de guerra en el Golfo, sino dos bergantines, dos goletas y seis cañoneras, que mal podían enfrentarse a la poderosa armada de los Estados Unidos; en el Pacífico la situación tampoco era mejor: contábamos con cuatro goletas solamente, navíos de vela como los ante-

riores barcos, cuya efectividad para un combate naval de gran alcance era mínima. Nada podía esperarse ciertamente de nuestros recursos marinos.

Así las cosas, las flotas de los Estados Unidos aislaron al país de todo contacto extranjero. México quedó ceñido a sí mismo, atenido a sus hombres y a sus elementos, sin esperanza de adquirir materiales de fuera que pudiesen ayudarle a sostener la lucha. El aislamiento fue completo. Y este aislamiento dio margen a que la gran maquinaria bélica norteamericana tratase de llegar a sus objetivos, venciendo a un mal armado y peor alimentado ejército mexicano que difícilmente tenía un total de diecinueve mil hombres al principio de la guerra. En cambio, el gobierno norteamericano lo tenía preparado todo, y esto prueba hasta qué punto el incidente con los soldados de Ampudia fue un mero pretexto, necesario, desde luego, para exhibir una ejecutoria positiva a la luz del Derecho Internacional. Con tales premisas, varios ejércitos, bien pertrechados, bien armados, con disciplina y con recursos, pertenecientes a una rica y homogénea nación de veintidós millones de habitantes, sin los rudos contrastes de cultura y de economía de un país heterogéneo como México, fueron los invasores desde el norte: el ejército del general Kearney, que atacó Alta California y Nuevo México; y los ejércitos de los generales Taylor, Wool y Doniphan, al resto del país, por el septentrión también.

¿Qué podía oponérseles? En el mejor de los casos, el heroísmo, porque en muchas ocasiones no había otra cosa. Y resistencia heroica fue la ofrecida por parte de los mexicanos del norte y del noroeste, tratando en desesperación de suplir la parvedad del patrimonio bélico y la torpeza de muchos generales. Las escasas guarniciones y aun la población civil hicieron cuanto estuvo de su parte, recurriendo a toda clase de estratagemas, desde el acoso a los convoyes hasta la acción de las guerrillas. Pero aquello no podía durar sino lo indispensable para que las fuerzas se desvanecieran. No es posible ganar una guerra poniendo a cobro so-

lamente el heroísmo, y los yanquis, mejor dotados, se abrieron paso con firmeza hasta llegar a sus metas.

El 18 de agosto de 1846, el general Kearney ocupó Santa Fe, en Nuevo México, y en septiembre penetró a territorio californiano, donde la infantería de marina había ocupado ya, a su vez, las poblaciones de Monterrey y San Francisco. Hubo acciones de guerra en California como tónica de acción dominante, pero no faltó la anécdota de la farsa —auténtica nota de filibusterismo engañoso y de mala fe—, que en este caso ocurrió por cuenta de los aventureros dirigidos por John C. Fremont, gestores de una supuesta República del Oso, mala copia de la conjura texana, que quiso repetirse para recubrir los rasgos de la nueva acometida. Con esa república de opereta, integrada por norteamericanos, se quiso demostrar que el pueblo californiano se separaba de México, y, por decisión propia, por determinación de su voluntad soberana anhelosa de una mejor suerte, estaba conforme con la ocupación de los soldados yanquis y con la indispensable anexión a los Estados Unidos.

Casi en los mismos días, el 13 de agosto, ondeó la bandera de las barras y de las estrellas en Los Angeles.

Pero en esta población ocurrió un hecho importante que retrasó la ocupación definitiva: los mexicanos, repuestos de su derrota, acometieron de nuevo y recuperaron la ciudad, resistiendo el ataque norteamericano durante seis meses —sin recibir refuerzos del centro de ninguna especie, tanto por las rebeliones y trastornos, cuanto por la dificultad en las comunicaciones— hasta que los nuevos elementos con que contó el general Kearney fueron lanzados en su contra, y hubo necesidad de capitular...

NUEVOS AMAGOS

El general Zacarías Taylor era un militar competente, hábil, conocedor de su oficio, y de carácter hosco, a quien se encomendó

una tarea importante. Su misión sería la de doblegar la resistencia mexicana por el noroeste y la de penetrar con rumbo al sur.

Puesto en marcha, alcanzó las líneas mexicanas y venció al incompetente general Mariano Arista en las batallas de Palo Alto y de La Resaca, donde las tropas mexicanas dieron grandes muestras de valor, pero donde quedó también de manifiesto la inhabilidad de Arista, que las lanzó al combate sin ningún plan de guerra, sin ninguna precaución, y sin una guía militar que permitiera sacar partido de cada recurso y de cada hombre. Todos los informes y las declaraciones de los oficiales que participaron en aquellas acciones, estuvieron de acuerdo en que el revés mexicano fue mayor debido a tales circunstancias ominosas... ¿A quién servía, pues, el sufrimiento anónimo de aquellas masas de soldados mexicanos, cuyo coraje no era aprovechado debidamente? No faltaban, empero, escritores y periodistas ciegos o necios que vilipendiaban a esa tropa desgarrada, que ofrecía como mejor defensa al empuje enemigo su propio pecho.

En la *Relación Manuscrita del General Barreiro,* existente en el archivo de la Universidad de Texas, se lee lo siguiente, a propósito de la conducta de Arista:

"¿Ha visto usted jamás que un general acampe sus tropas sin reconocer primero el lugar en que lo hace, y que, además, cuando comienza la lucha entre los dos ejércitos, el jefe permanezca indiferente en su tienda, como si fuera un extraño en la lid o como si sus providencias fueran ya bastantes para dar el triunfo? Mucho más cuando no ha dado la menor orden a los jefes de los cuerpos y mucho más teniendo tan recientes los recuerdos de una batalla que quizá a faltas de esta especie se debió el que no fuera ganada el día anterior; mas nada bastó, el general Arista volvió a incurrir en las mismas faltas y además las agravó con una apatía extraordinaria".

Eran los primeros días del mes de mayo de 1846, cuando el gobierno del Presidente Paredes se hacía pedazos, y cuando estaba México en trance de quedar bajo la dirección de Santa Anna y Gómez Farías.

Llevando a cuestas su amargura, los soldados mexicanos se retiraron en franca derrota. La junta de guerra ordenó el abandono de Matamoros, y esta ciudad cayó en poder de los invasores.

A Linares llegaron los residuos humanos: tropa sin servicios de intendencia, sin médicos, con malas armas, con una compañía de cientos de mujeres y niños, familiares o agregados, que multiplicaron las necesidades y tornaron más angustiosa la situación, a través de una zona en la que sólo se alzaban las efigies desnudas de las rancherías abandonadas, mientras podía llegarse más al sur, en donde obtener ayuda, alojamientos y víveres en las haciendas, para dos mil quinientos soldados.

Fue menester que pasasen cuatro meses —que el gobierno yanqui supo aprovechar—, para que las operaciones militares prosiguiesen bajo la dirección de Taylor, en el noroeste. Cuatro meses en los que no se aprontó nada, en el campo mexicano, ni se perfiló un plan general de defensa adecuado a las circunstancias. Así se explica que los invasores no hayan tenido que tramontar ninguna resistencia para ocupar Camargo y Reynosa, como antes habían ocupado Matamoros, al encaminarse a la capital neoleonesa.

El paso de Taylor parecía tan inexorable como el de los otros invasores del noroeste. Las operaciones se iban desenvolviendo de acuerdo con las previsiones generales, y la falta de recursos de los mexicanos, o la ausencia de talento en sus jefes, no hacía sino facilitar el cumplimiento de una acción que tomaba profundidad.

Hombre precavido y receloso, Taylor avanzó con seis mil hombres sobre Monterrey, dejando en reserva otros tantos. Para hacerle frente estaban siete mil mexicanos dirigidos por el general Ampudia, cuya impetuosidad corría parejas con su falta de conocimientos técnicos. Inferiores en artillería y en dotaciones de parque, los mexicanos se atrincheraron en la ciudad, pero descuidaron las alturas dominantes y su caballería tuvo poca oportunidad de actuar por lo reducido de las áreas fortificadas.

Desde el 13 de septiembre quedó Monterrey a la vista de la vanguardia norteamericana, pero no fue sino hasta varios días más

tarde cuando se inició la acometida. Acción que no fue fácil, desde luego. Había parapetos y reductos, y ardor de combate que causaba bajas y que obligaba a hacer rectificaciones y cambios en la estrategia. Pero la artillería gruesa de los yanquis era poderosa y sus dotaciones amplias, y no faltaba capacidad a quienes los dirigían. Ni escaseaba en ellos el valor. Un ataque rápido y valiente los hizo dueños del Obispado, dominando Monterrey; y con la ocupación de la Tenería, quedaron en situación ventajosa.

Los defensores siguieron batiéndose con denuedo, soldados y pueblo. En el reducto de La Purísima, trescientos infantes mexicanos rechazaron a los enemigos con sus bayonetas, causándoles muchas bajas. Mas el curso de los hechos siguió su desenvolvimiento lógico. Los tiros de la artillería norteamericana, y su asalto pertinaz y rudo, casa por casa, los hizo al fin dueños de la capital neoleonesa, muchos de cuyos habitantes prefirieron huír de ella antes que someterse al dominio extranjero.

Una honrosa capitulación permitió la salida del ejército de Ampudia, firmándose el convenio el 24 de septiembre.

Mientras tanto, los hombres del general Wool ocuparon Monclova y Parras, y el ejército del general Doniphan tomó, sucesivamente, Paso del Norte y Chihuahua.

Esto quería decir que las tropas norteamericanas habían llegado ya hasta los territorios ambicionados por su gobierno, y comenzaban a desbordarse hacia el sur, para doblegar la resistencia mexicana a fin de que se reconociesen sus conquistas como un hecho indisputable.

CAMINO DE CADAVERES

El general Antonio López de Santa Anna, comandante supremo del ejército mexicano, recibió las malas noticias procedentes del norte, estando al frente de las tropas del centro.

Según podía colegirse hasta aquel momento, era previsible que los yanquis seguirían avanzando desde las posiciones que ocu-

paban sobre Saltillo, siendo su siguiente objetivo la ciudad de San Luis Potosí. Era indispensable, en consecuencia, poner en condición defensiva a dicha ciudad, alistando tropas para encararse al peligro inminente. Los potosinos se aprestaron a ello, cooperando en las obras militares los individuos de todas las clases sociales. Una vez más, el general Santa Anna tuvo oportunidad de dar testimonio de su gran capacidad organizadora —que contrastaba con su mediocridad como estratega— queriendo poner en situación militarmente apta a quienes pretendían detener al invasor.

No había dinero, y sin embargo, era preciso tenerlo para adquirir armas, vestuario, pólvora y alimentos, esenciales para que la guerra pudiese sostenerse. Hacía falta que el gobierno del centro proveyese de tales elementos, pero en la retaguardia, en plena capital nacional, la desarmonía pública era ostensible, arreciando la lucha política interna que aun entre los mismos liberales era aguda, por la animadversión que entre sí guardaban los moderados y los radicales.

Varios estados de la República, independientemente del caos gubernamental, contribuyeron con armas y con hombres. Santa Anna, por su parte, pese a todas las dificultades, obtuvo algunos recursos, y cuando creyó disponer de un mínimo indispensable de materiales bélicos, avanzó hacia el norte para enfrentarse a Taylor.

Su ruta iba a quedar señalada por la tragedia, como una sombra desgarrada. Al frío, que ocasionó muchas muertes, siguió una lluvia glacial, y después el calor irritante del desierto, apenas interrumpido por nuevos temporales que azotaban a la tropa sin clemencia. Los cadáveres que se abandonaban fueron marcando el camino. No podían darse peores condiciones ambientes para restar efectividad a los soldados. Y lo que es peor, las provisiones comenzaron a escasear. En un momento dado, la tropa tuvo que sostenerse con cuartos de ración, porque no había más.

Entre tanto, el general Taylor, conocedor de su gente y de cuanto tenía a su alcance, diestro, pero poco dispuesto a los actos audaces, esperaba el ataque con soldados en reposo y bien provistos.

De San Luis Potosí salieron dieciocho mil hombres con Santa Anna, a la ruta trágica. En Encarnación se pasó revista y no se encontró sino a catorce mil: inservibles, muertos y desertores cubrían el resto.

Al fin, en *La Angostura,* se avistaron los contendientes.

La artillería norteamericana había escogido sus sitios, lo mismo que la caballería y la infantería, desde la hacienda de Buenavista hasta La Angostura, teniendo como base y punto de referencia a la ciudad de Saltillo. Cerca de siete u ocho mil hombres sumaban los norteamericanos, inferiores en número, pero superiores en patrimonio. Tenían todos los recursos que el arte de la guerra conocía entonces, situándolos en posición ventajosa. Tenían eso, pero también un factor anímico fundamental: la confianza en ellos mismos, y el espíritu fortalecido por los triunfos alcanzados uno tras otro. Los mexicanos tenían en su ánimo la dinámica desesperada de quien defiende lo suyo, su hogar y su honor nacional, más su testimonio como generación actuante. Ambos iban a empeñarse en una batalla memorable, aunque ofrecerla, y aun llegar a ella, les había costado a los mexicanos hacer una marcha dramática de muchas leguas, sin detenerse y apenas comer.

El ejército norteamericano ocupaba un terreno escogido con cuidado y escrúpulo; terreno "rugoso y disolvente, parabólico e inextricable", dice Valadés, semejante a dos manos unidas por los pulgares. Cada paso, cada intento de avance, cobraba riesgos incalculables, y unos y otros lo sabían plenamente. No en balde Taylor supo escoger sus puntos defensivos que parecían inaccesibles, hasta donde la caballería enemiga no podía operar, y los efectos de la artillería opuesta resultaban mínimos: los mexicanos sólo podían contar con su arrojada y hambrienta infantería, inflamada sin embargo de ardiente patriotismo.

El 22 de febrero de 1847, a las cuatro de la tarde, hubo una viva escaramuza en la que se disputaron las alturas. Bravura en

ambos bandos la había, y una suerte de honor nacional animaba a los participantes, resolviéndose la refriega a favor de los nuestros.

Después, el silencio; el silencio que preludiaba el acaecer de la batalla que fuera, en la amplitud de nuestra guerra contra los Estados Unidos, una página de "legítima gloria", como la llamara Alfonso Trueba en donoso ensayo: la batalla de La Angostura, que ocupó en nuestra historia militar un sitio destacado y meritorio.

El 23 de febrero ocurrió el acontecimiento.

Santa Anna sabía que la lucha tendría que ser breve, y en un mucho confiada a la audacia. Ni las municiones ni los abastecimientos eran suficientes, ni era factible exigir demasiado de una tropa que había hecho a golpes de desesperación un camino de veintiséis leguas. No apuntaba aún el alba cuando los mexicanos se pusieron en movimiento, venciendo los obstáculos de la naturaleza y la resistencia de la vanguardia yanqui.

A medida que clareaba, la columna izquierda del ejército mexicano fue avanzando, pero al ofrecer blanco cierto a los disparos de los artilleros norteamericanos, Santa Anna le ordenó ponerse en resguardo. En cambio, el ala derecha tuvo mejor suerte. Taylor, disponiendo de sus hombres, con veinte piezas de artillería, procuró resguardar sus posiciones de contacto con Saltillo, y seguro de su maniobra, volvió a hacer frente al acoso mexicano que con firmeza arrancada de la desesperación iba ganando terreno.

La primera línea defensiva de los yanquis quedó ocupada, y los invasores se vieron obligados a dispersarse, entre el fragor de la metralla. Los infantes mexicanos avanzaron sobre la segunda línea, mientras la caballería del general Francisco Pérez, disponiendo de una oportunidad mejor, acometió, lo mismo que los dragones del general Julián Juvera, que echaron pie a tierra en un momento dado y se trabaron en combate cuerpo a cuerpo con los enemigos.

Por encima de las dificultades del fango creado por una copiosa lluvia, el cuerpo central de los mexicanos acometió a la ba-

yoneta, avanzó, llegó hasta la misma artillería enemiga, pero resintió tantas bajas, que retrocedió por órdenes superiores.

En una palabra, los triunfos parciales de los nuestros se fueron sumando poco a poco, hasta que los norteamericanos quedaron reducidos a su última posición artillada, al caer la noche. En juicio amplio, aquello había tenido toda la fisonomía de una victoria de la que sólo parecía necesario recoger sus frutos postreros.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Taylor aguardaba el postrer ataque, y en las filas mexicanas estaba la convicción del triunfo, el comandante norteamericano pudo extender su vista sobre el campo mexicano sin encontrar contendientes: Santa Anna, Presidente de la República y comandante supremo del ejército nacional, había admitido la opinión de una junta de jefes en la que se disponía el retiro de las tropas rumbo a Aguanueva, con destino al sur...

¿Era que no se quería exponer a un desastre al ejército que no había probado alimentos desde dos días antes, y tenía extenuadas las fuerzas por una lucha extremada como había sido la ocurrida poco antes? ¿Era porque escaseaban los víveres y las municiones?

¿O era, como dice Trueba, que una comunicación de los ocultos "supremos poderes" había dispuesto la retirada que beneficiaría a los invasores, a pesar de la derrota resentida, y precisamente cuando la victoria estaba por sonreír finalmente a los mexicanos?

Como quiera que haya sido, lo que fuera un triunfo épico del ejército nacional se convirtió en un episodio que no cambió el curso de los acontecimientos, porque ahondó la desmoralización de la tropa, y porque no pudo tener —en el trastorno genérico— ni trascendencia ni concatenación con otras operaciones militares. El jefe norteamericano, por encima de su derrota práctica, pero dueño del campo, y acaso sabiendo la situación que guardaba el ejército mexicano, propuso un armisticio que Santa Anna rehusó. Y el 9 de marzo, la multitud hambrienta de soldados mexicanos regresó a San Luis Potosí, llevando en sus labios resecos el regusto de un triunfo pasajero.

IV

LA POLITICA DE GOMEZ FARIAS

PENURIA ECONOMICA

LA SITUACION en el interior del país, entre tanto, distaba de ser buena: el esfuerzo militar, primero en la jerarquía de las atenciones que el gobierno debía tener, se veía agravado y entorpecido por la penuria económica y por la actitud desorbitada del doctor Valentín Gómez Farías en contra de todos los que no pensaban como él, y muy especialmente en contra de los liberales moderados y en contra de la Iglesia.

En realidad, Gómez Farías carecía de tacto y de dotes de gobierno. Discrepancias en su contra —hombre, como era, de espíritu poco flexible, tozudo, faccioso, con notoria cortedad de visión política— las había aun entre sus mismos partidarios, como lo prueba el hecho de que en sólo seis meses cambió dieciséis veces a sus ministros. No era posible llegar a un entendimiento con quien tenía su carácter, su propensión partidista y su intransigencia hosca. En medio de la maraña de pequeñas y grandes cuestiones que aquejaban a México, enfrentado éste a la agresión, el asunto palpitante era el del dinero, que el médico jalisciense unió al de su anticlericalismo en una sola trama, abultando las diferencias y los escollos para todo programa ágil y bien trazado en servicio de la defensa nacional.

Todos los intentos hechos para obtener recursos, una vez iniciada la guerra, habían fracasado. Las gestiones intentadas en el extranjero, sobre todo en Inglaterra, chocaron con el temor explicable en los europeos a comprometer su dinero en una situación riesgosa. ¿Quién iba a prestarle a un país que tenía todas las probabilidades de salir derrotado en aquella guerra que, injusta y todo, apenas mereció que nadie saliera en defensa del Derecho quebrantado tan flagrantemente?

Una lista formulada con los nombres de contribuyentes particulares, para que allegasen elementos que sirviesen al sostenimiento de nuestro ejército, tampoco dio mejores frutos.

En tales términos se derivó hacia los bienes eclesiásticos, tabla de salvación de una Hacienda siempre en quiebra y siempre en retraso. Parecía lo lógico para quienes, desde el plano estrecho y no siempre sereno de nuestras administraciones públicas, eran incapaces de estructurar un programa financiero de bases sólidas —factible, por otra parte, como Alamán lo demostrara prácticamente—:

"Agotados por el gobierno —decía un decreto oficial expedido al efecto— todos los recursos ordinarios y extraordinarios, y los medios suaves y templados de procurarse fondos. . . (y como) el Venerable Clero secular y regular, de ambos sexos, de toda la República, y especialmente el de la Diócesis Metropolitana, constantemente se ha manifestado dispuesto a comprometer sus bienes, por grande que sea el sacrificio, para recurrir así a la causa de la común defensa. . . el gobierno hará expedir letras por valor de dos millones de pesos a cargo del Venerable Clero".

Tales libranzas tenían un plazo de vencimiento de dos años. Fueron firmadas por todos los prelados, y aun algunas diócesis y comunidades hicieron desde luego el préstamo en efectivo, aliviándose algo las necesidades del erario.

Pero los dos millones de pesos —para un gobierno donde ha-

cía falta un equipo de hombres con real capacidad de organización y de trabajo técnico— se agotaron sin que se abasteciera un ejército, ni medianamente, y volvieron la penuria y el desasosiego:

"Cada jefe de cuerpo anda como loco —decía Santa Anna en una carta desde San Luis Potosí, cuando preparaba sus tropas antes de La Angostura— buscando el rancho para sus soldados"... Con lo que los dos millones de pesos fueron como agua dispersada en la palma de la mano. ¿Qué podía hacerse? Gómez Farías, no atinando a discurrir mejor medio, volvió a pensar en la Iglesia para una nueva aportación, exigiéndole que entregara trescientos mil pesos, en seis semanas, con amenaza de ocupación.

EL VIEJO PROYECTO DE ZAVALA

Lo cierto era que el clero, aunque poseedor —o más exactamente, administrador— de bienes, no tenía éstos en efectivo; sus bienes eran sobre todo bienes raíces, bienes que en determinadas ocasiones estaban aplicados a actividades que permitían obtener rentas con las cuales, a su vez, se sostenían muchos aspectos del culto, labores escolares y de asistencia, y en ocasiones permitían otorgar créditos a los agricultores —créditos refaccionarios— en condiciones cómodas y sencillas, toda vez que se carecía de un sistema bancario adecuado que satisficiera las necesidades de la época.

Sin embargo, debiéndole todo mundo a la Iglesia, y pagándole muy pocos, su situación económica era deficiente también. Precisamente por esto, y dada la aportación anterior, el arzobispo de México presentó una contraproposición según la cual, deseando cooperar al sostenimiento de la guerra, sugería al gobierno de Gómez Farías que obtuviera éste —porque era una operación más fácil— un préstamo de un millón de pesos en efectivo que quedaría garantizado con bienes eclesiásticos. Los prestamistas podrían hacer la transacción, y su crédito quedaría amparado por la Iglesia. Era un proyecto preferible y de mayor agilidad, dada la premura

con que tenía que hacerse todo, a ritmo con una guerra que se tornaba cada vez peor: sólo que Gómez Farías no aceptó.

Dejándose llevar por su inquina antieclesiástica, propuso entonces —bien que con el apoyo de Santa Anna, según lo atestigua una carta de éste— una ley que se fundaba en un viejo proyecto de don Lorenzo de Zavala, que venía a consistir en lo siguiente: la hipoteca o venta en subasta pública de bienes de la Iglesia hasta por quince millones de pesos; y que ya varios años antes, en 1833, se había exhibido con tal peligro, que aun el mismo doctor José María Luis Mora, liberal y sacerdote apóstata, lo atacó diciendo que el proyecto de despojo de la Iglesia sólo iba a servir para el enriquecimiento de los agiotistas que estaban al acecho de las oportunidades... ¡Y esto mismo era lo que se pretendía poner en vigencia!

¿Era viable?

No pocos lo tacharon de impráctico, de inadecuado, porque implicando la realización de un despojo, pocos acudirían a la subasta, salvo los agiotistas que serían los beneficiados, y porque el tiempo estaba requiriendo algo que se hiciese pronto, y bien, y no con todas las complicaciones de una almoneda para los distintos bienes de la Iglesia. Lo que se precisaba era una operación oportuna, apta y hábil.

GOMEZ FARIAS Y LOS POLKOS

La iniciativa de ley se aprobó en el Congreso el 11 de enero de 1847, pero con diferencia de pocos votos: cuarenta y tres contra treinta y cinco. En realidad la desaprobaron no sólo los hombres de ideas tradicionalistas, sino también los mismos liberales moderados. "Todo el mundo —comentó Pereyra— rechazó esta ley, por atentatoria y por inútil. Catorce años después, Juárez enajenó bienes de la Iglesia por valor de más de cien millones, y en ese mismo año tuvo que dar una ley, suspendiendo el pago de la deuda exterior, lo que provocó un conflicto internacional. La ma-

yor suma de operaciones había sido la muerte de la gallina de los huevos de oro".

Aprobada la ley, muchos empleados se negaron a darla a conocer. Y un regidor, Juan José Baz —el antipapista de plazuela—, publicó un manifiesto tumultuoso y lleno de falsedades, en el que se presentaba al clero como aliado de los Estados Unidos y al gobierno de Gómez Farías como protector de la religión de Jesucristo. . .

Pero ésto no fue todo. Por la trama de los hechos, por la torpeza manifiesta de Gómez Farías, la nueva ley dio ocasión a que estallara una sañuda oposición entre liberales moderados y radicales.

Individuos de ideas progresistas mostraron su inconformidad en diversas maneras. Liberales moderados como don Mariano Otero, como don Manuel Gómez Pedraza, como don Ignacio Comonfort, como don José María Lafragua y otros, se opusieron a las directrices políticas de Gómez Farías, y no por amor a la Iglesia, sino por ver en su administración un derrotero que consideraban equivocado. Don Mariano Otero, uno de los forjadores del Juicio de Amparo, fue quizá el más penetrante orador en contra de Gómez Farías, y su actitud, frente a la de éste, ahondó las diferencias entre los dos bandos.

Radicales y moderados se tenían por enemigos. Y no tardaría mucho en que la pugna se tradujera en hechos lamentables.

No pocos moderados formaban, en efecto, en algunos de los batallones llamados de "polkos", que eran voluntarios que se habían comprometido a defender la capital, contándose en sus filas lo mismo jóvenes de clases acomodadas, que artesanos de las clases modestas —"polkos" de verano—, metropolitanos de toda condición, en suma, que sufragaban sus gastos como soldados, mientras desarrollaban como paisanos sus actividades particulares.

Entre algunos "polkos" y Gómez Farías tuvo lugar un choque que en sus causas y en sus alcances fue presentado en forma torcida por escritores interesados.

Una falsa leyenda hecha circular por Guillermo Prieto y por Manuel Payno quiso presentar a los "polkos" rebeldes como instrumentos del clero opuesto a las medidas incautatorias de Gómez Farías. Pero la verdad era otra. La verdad fue que contra elementos liberales moderados —que estaban muy lejos de un entendimiento con la Iglesia—, descargó su ira el Poder Ejecutivo, resentido por la oposición que le habían hecho sus diputados en el Congreso. Para ello ordenó que el batallón "Independencia", de "polkos", que tenía su cuartel en la Universidad, saliera de la capital con rumbo a Veracruz en veinticuatro horas; como se manifestara desacuerdo por esta medida, el recinto fue ocupado por otro cuerpo y los milicianos del "Independencia" que iban llegando eran desarmados y apresados; pero como la voz corriera y se extendiera el descontento, la situación se hizo tensa y grave.

En la noche del 22 de febrero —a punto de ocurrir la batalla de La Angostura—, todo era confusión y excitación aguda. García Torres, propietario del liberal *Monitor Republicano,* y teniente coronel del cuerpo, con un jorongo y un par de pistolas al cinto, excitaba a los soldados al pronunciamiento.

Nada se hizo para evitar la ruptura, y los hechos se precipitaron. Todos los descontentos fueron sumando agravios, y el tiroteo duró desde el 26 de febrero hasta el 6 de marzo, en una absurda guerra civil en plena capital, en la que, como ha dicho Pereyra, "si los polkos eran criminales, (Gómez Farías) era el responsable de aquel crimen, provocado por alojarse en el Palacio Nacional con una obstinación inconvencible".

El cuento de Prieto y de Payno de que el clero aportó trescientos mil pesos para el sostenimiento de la lucha, cae por su peso cuando ambos, irreligiosos y anticlericales, pretenden justificar sus relatos declarándose títeres del clero e instrumentos de éste en la lucha contra Gómez Farías...

La contienda sólo acabó con el regreso de Santa Anna y con la deposición del Vicepresidente en funciones, por más que la sangre y las armas perdidas no habrían de recuperarse nunca. El gesto

de la solidaridad y de la unión ante el enemigo, se había desgarrado nuevamente.

APORTACION ECLESIASTICA

Todo mundo estaba de acuerdo en destituir a Gómez Farías ¿pero cómo hacerlo para no herir la susceptibilidad enfermiza de ese "fanático político de tan buena fe", como lo llamara ingenuamente don José Fernando Ramírez? El medio consistió en suprimir la Vicepresidencia, para reemplazar a quien la ocupaba con un Presidente sustituto. Santa Anna propuso que lo fuera el general Pedro María Anaya, comandante de "polkos", y Gómez Farías no tuvo más remedio que aceptar, "en medio de la más desatada anarquía parlamentaria que ha presenciado México".

Pocos días después se presentó un nuevo proyecto para allegarse recursos, consistente en un empréstito por veinte millones de pesos, que tendría por garantía los bienes de la Iglesia, viniendo a ser una ampliación de lo que el arzobispo había propuesto antes. ¡Se volvía pues al punto de partida! El proyecto fue aprobado por los liberales moderados, pero en cambio votaron en su contra los diputados radicales, lo que vino a probar que lo que a éstos interesaba no era tanto conseguir el dinero, cuanto expoliar a la Iglesia. Don José Fernando Ramírez manifestó no entender el aparente cambio. En realidad no lo había. El proyecto de Gómez Farías era sencillamente un despojo, impráctico porque obligaba a hacer subastas de cada bien, y con peligro de que los agiotistas fuesen los gananciosos; el otro proyecto era una hipoteca con consentimiento del dueño, o administrador, es decir, la Iglesia, y el dinero iría a dar directamente a manos del gobierno para que éste pudiera organizar la defensa contra los invasores. . .

Mejor todavía, el despido de Gómez Farías aclaró en cierto modo la atmósfera tensa, y el clero pudo dar en efectivo dos millones de pesos para los fines de la guerra.

V

EL ATAQUE POR EL ORIENTE

EL CAMINO DE CORTES

PERO LA guerra no se había detenido.

Los gobernantes norteamericanos estaban dispuestos a llegar a sus metas, y los medios estaban puestos en práctica para que al fin quedasen en sus manos, con soberanía absoluta. Empero el general Taylor no siguió siendo el héroe. Consideraciones militares y maniobras políticas tejidas en Washington lo situaron en un plano secundario, aprobándose otro plan de guerra más efectivo y directo: el de atacar siguiendo "el camino de Cortés", desde el oriente mexicano hasta la capital.

Las operaciones quedaron encomendadas al general Winfield Scott, quien solicitó diez mil hombres para el asalto a Veracruz y veinte mil para el ataque a la ciudad de México.

Al iniciarse el mes de marzo, la flota norteamericana de invasión comenzó a movilizarse con destino a los puertos mexicanos, llevando a bordo una tropa en la que Scott tenía como inmediatos subalternos a los generales Worth, Twiggs y Patterson.

Un primer objetivo cayó en poder suyo: Tampico. Y cayó tanto por la acción decidida de los yanquis, cuanto por haberse privado al puerto de todo recurso militar por los defensores —que en ello perdieron material de guerra—, siguiendo torpes órdenes que procedían del general Santa Anna, contradictorio, impetuoso y sin

genio guerrero suficiente. La caída de Tampico flanqueó al siguiente puerto, ya que amplió la posibilidad de asaltar con éxito a Veracruz, segundo y principal objetivo en el ataque.

EL ASALTO A VERACRUZ

Los elementos de defensa en el puerto eran exiguos. No pasaban de 4,330 soldados y algunas decenas de cañones con poca dotación de municiones y reducido alcance, por más que el espíritu general era elevado y el sentido de lucha quería acuciarse en la defensa del suelo patrio. Los hombres, aun civiles, gente de todas las posiciones sociales, buscaron ocupar un sitio, disponer de un arma, aprestarse a un punto de lucha, mientras las mujeres se aplicaban a la preparación de material de sanidad y asistencia.

El 9 de marzo se perfiló la lucha. Desde el fondeadero de Antón Lizardo, a donde habían llegado las naves norteamericanas para contar con una base, se procedió al desembarco, al amparo de los cañones de la armada, y entre el acoso de las guerrillas mexicanas y del fuego —menos peligroso, ciertamente, de lo que se hubiera querido— de la vieja fortaleza de San Juan de Ulúa... con tan mala calidad las bombas mexicanas, que sus estragos resultaban mínimos en los efectivos yanquis.

Una voluntad firme y un patrimonio bélico adecuado permitieron a los norteamericanos establecerse al fin en tierra. Y disponiendo de suelo firme, fijaron su artillería pesada, que comenzó a su vez a vomitar proyectiles sobre el puerto, como ya lo hacían los cañones de largo alcance de las naves.

Toda la ciudad fue el blanco indiscriminado de las bombas enemigas. Los artilleros yanquis, sin hacer distingos, sin cuidar de sus miras, castigaron duramente a Veracruz, sin reparar en el daño que se causase sobre hospitales, zonas de seguridad, o residencias civiles. Las bocas de sus cañones estaban dirigidas lo mismo a los baluartes de los defensores que al caserío del puerto. Parecía como si se estuviese poniendo en práctica el deseo de Parrot, el agente

yanqui ante el Presidente Herrera, cuando escribió a su gobierno antes de la guerra con la suficiencia arrogante del poderoso:

"En el desempeño del cargo que se me ha conferido he seguido al pie de la letra las instrucciones que se me dieron, no lo dictaron mis personales deseos de ver a estas gentes bien vapuleadas por los muchachos del Tío Sam antes de entrar en negociaciones. . ."

Parrot, y cuantos pensaban como él en el mismo horizonte de insolencia, podían sentirse satisfechos de un ataque tan sañudo y tan cruel sobre el primer puerto de México en el Golfo. Era explicable. ¿Pero tenía conexión con ésto el hecho de que Gómez Farías dijese a poco de sabida la noticia del desembarco en Veracruz, presa de frenesí: "quemen cohetes, repiquen, Viva la Libertad, esto es concluido", según lo asienta Riva Palacio en su Diario, en autógrafo indudable?

En Veracruz, para colmo de males, se abatían feroces "nortes", que no obstaban, sin embargo, para que los defensores, entre las ruinas y los escombros, y con una capacidad cada vez menor para lograr una ventaja militar, siguiesen dando testimonio de su bizarría.

De hecho estuvieron atenidos a sus propios recursos. La ayuda del exterior fue nula, y lo fue porque el general Santa Anna —que había dejado temporalmente en la Presidencia al general Pedro Ma. Anaya—, quiso que los invasores quedasen en las malsanas costas para que fuesen diezmados por las enfermedades endémicas y se debilitasen. Lo malo para esta agudísima previsión fue que no se quedaron. Y no sólo no se quedaron —que no tenían para qué quedarse—, sino que traspuesta la ocupación cabal de Veracruz, emprendieron la marcha al centro, y con ella pusieron en relieve la amenaza directa contra la capital.

CERRO GORDO

En la retaguardia se apilaban los resultados de la imprevisión. Santa Anna quería el alistamiento obligatorio, pero no había suficientes armas, ni oficiales instructores; buscaba aliviar la situación

hacendaria con nuevos impuestos, cuando buena parte del territorio nacional estaba ya en poder de los invasores y no era posible cumplir con los mandatos, agrupándose en los mismos batallones a los soldados regulares con los forzados, o de "leva", y con los presidiarios salidos de las cárceles.

¡Cómo contrastaba todo ésto, dolorosamente, con el sentido norteamericano de la organización y la eficacia práctica!

Scott, desde el 8 de abril, empezó su avance hacia el interior, y Santa Anna tuvo que decidir lo conducente. Se precisó la acción rápida, el trazo seguro de una estrategia conveniente. Los generales Juvera y Ampudia le pidieron instrucciones. Era menester enfrentarse a los yanquis y obligarles a pagar caro todo movimiento hacia la capital, aprontando elementos y esfuerzos.

¿Pero dónde enfrentárseles? ¿En Orizaba, en Perote, en Cerro Gordo?

Los ingenieros militares opinaron que no debía empeñarse el ejército nacional en el sitio llamado Cerro Gordo, porque se carecía de agua y no podía maniobrar allí la caballería. En el sentir de Santa Anna, no sólo había que detener a los yanquis, sino también "lavar la deshonra de Veracruz", como si en Veracruz hubiese ocurrido algo deshonroso para la nación o para las armas nacionales. No podía haber una expresión más injusta, ni más incomprensiva respecto del ejército y de los habitantes del puerto. La arrogancia de quien miraba los hechos desde lejos, y sin juicio suficiente, vino a ser valorada por el mismo Scott, que en uno de sus Manifiestos quiso poner —lo creyó de justicia— los puntos sobre las íes:

"Somos testigos —decía el comandante norteamericano— y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fue infamado por el general que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buena Vista; que este general premió a los pronunciados en México siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó a los que sin-

gularmente acababan de distinguirse resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable".

¿Lavaría la deshonra con mejores medios?

Santa Anna insistió en que debía defenderse Cerro Gordo, y hacia allá marcharon sus tropas dispares y abigarradas. ¿Quién podía ser tan optimista que aguardase un gran triunfo? En realidad, todo triunfo perentorio, definitivo, de cabal proyección, parecía ser imposible por imposibilidad manifiesta. No había un ejército, sino restos de ejércitos derrotados; había civiles que, voluntarios o de "leva", cumplirían su papel histórico, y realizarían hazañas de valor y de hombría; había el sentido del honor en muchos de los combatientes, pero entre los voluntarios no había suficiente disciplina, ni preparación militar, esa que no se improvisa con el simple patriotismo, sino que es resultado de un adiestramiento y de una capacitación metódica y regular.

Fue en estos términos como el ejército mexicano, con poco más de siete mil hombres, fue allá, con sus malos recursos, para hacer frente a una fuerza enemiga bien dotada, de once mil soldados. El fruto del choque era previsible: no podía ser otro que el de la derrota de los nuestros.

¿Habría sido distinto el resultado si Santa Anna no se hubiese mostrado tercamente dispuesto a pelear en Cerro Gordo?

La verdad de las cosas es que hubo tozudez lamentable y estrategia equivocada; pero la dinámica de la derrota era consecuencia de algo más que de la improvisación, o de la mala elección del terreno: la derrota se encontraba en la naturaleza de las cosas, en el inevitable efecto que tenía que producirse al enfrentarse dos ejércitos que evidenciaban la desemejante condición de su vida pública y el contraste político y económico de ambos, sin que hubiese más trasfondo dramático, y continuo, que el de la heroicidad de un pueblo que no tuvo jefes.

Un ataque inicial lo ganaron los mexicanos en Cerro Gordo; pero el arrojo norteamericano, sus mejores armas, sobre todo de artillería, y la habilidad de sus ingenieros, determinaron su dominio

del terreno. Eran la técnica, el valor y la voluntad de acción, puestos en marcha. Y frente a esa técnica, frente a ese valor, frente a esa voluntad, no quedó sino escribir una nueva página de gloria desesperada.

Después, la concatenación de los hechos y el paso en firme de los yanquis, que quedaron dueños de Perote y Jalapa, a instancias de su triunfo.

SCOTT EN PUEBLA

El Presidente Santa Anna, abatido tanto como sus tropas, se encaminó a Orizaba a fin de reorganizarse en lo posible. Un breve aliento recibió con la presencia de los soldados de Oaxaca conducidos por el general León, aunque era patente que no podría sostenerse allí. Un nuevo retroceso y llegó a Puebla, en donde recibió una aportación del clero, más algunas contribuciones de guerra de otras poblaciones, como gestos últimos de un proceso que llegaba a sus expresiones finales.

Scott avanzó con precauciones, al frente de sus 18,000 hombres. No quería exponerse a ninguna sorpresa, porque sabía combinar la pericia con el arrojo y la prudencia. Ocupó la ciudad el 15 de mayo, sin oposición de ninguna especie, ya que no fue posible ni sostener un ejército, ni dar armas a los habitantes que las pedían.

A este respecto conviene precisar algunos hechos. Y uno de ellos es que el obispo de la ciudad, monseñor Vázquez, visitó al general Quitman, correspondiendo a una visita que el militar le había hecho. Los norteamericanos querían asumir una conducta especial que les aliviase del único amago real que en el camino habían tenido, y que era el de las guerrillas, y acaso por ello no quisieron mantener el gesto arrogante mostrado durante su ataque a Veracruz. No se sabe cuáles fueron realmente los motivos que indujeron al prelado a hacer la visita, y mientras ésto no se sepa, no es posible formular un juicio definitivo, si bien, como dice el Padre Cuevas, "hubiera sido más de desearse que el buen octogenario no se hubie-

se presentado a saludar al enemigo, ni aun como particular"... Pero echar al vuelo la imaginación, queriendo ver entendimientos o maquinaciones, es injusto e indebido; como es indebida y falsa la afirmación de que al comandante yanqui se le recibió bajo palio por el Cabildo de la catedral. Esta fue una de tantas calumnias con que los libelistas de hace años atiborraron las versiones de nuestras historias oficiales, a las que un expurgo obligado está dejando en los huesos.

Aun el mismo don Nicolás León, cuyo criterio liberal es bien conocido, y que tuvo a mano documentos de la época, desmintió la noticia. En cambio es cierto que algunos oficiales y soldados norteamericanos, de religión católica, asistieron como simples fieles a la procesión del Santísimo, en la catedral, y tomaron parte en ella.

Otra cuestión es la de las contraguerrillas poblanas. Cuestión bochornosa, pintada con caracteres sombríos. La materia la dio Scott, que organizó con la hez de la sociedad, con rufianes y presidiarios, a grupos de combatientes cuya misión era la de atacar a las guerrillas patriotas, y servir, por tan ignominioso medio, a sus amos rubios, mientras la guerra tendía un paréntesis que llegó a extenderse por tres meses.

Durante ellos, ambos contendientes quisieron prepararse. Pero en el campo norteamericano había algo más que adiestramientos. Scott y otros jefes consintieron en celebrar negociaciones privadas con reales o supuestos enviados de Santa Anna para poner término a la guerra, sin que adelantasen más unas operaciones que en su proyección tendrían que teñirse de sangre. La continuación de la guerra supondría nuevas vidas, nuevos sacrificios, nuevas pérdidas de bienes. ¿Era factible evitar todo ésto? Scott dijo tener dinero a su disposición para "gastos secretos del servicio militar", y llegó a hablarse de un millón, o millón y medio de pesos, que se entregarían a Santa Anna por el establecimiento de la paz.

Los negociantes eran extranjeros: británicos, como McIntosh, el cónsul de Inglaterra; Thorton, agregado o secretario de la Legación inglesa; y Turnbull, comerciante de Puebla. Nunca exhibieron

en realidad un caracter oficial. Ni fue posible un acuerdo definido. Todo hace suponer que si Santa Anna anduvo en estos manejos, no fue con intenciones innobles o de traición. Más verosímil resulta la conjetura —fiel al carácter de Santa Anna, propicio a las estratagemas— de que quería valerse de los intermediarios para atraer a Scott hacia la capital, y convertir a ésta en una ratonera en la que confiadamente cayera el enemigo. La supuesta actitud equívoca quedó superada, meses después, con la defensa que del Valle de México hiciera.

APRESTOS DE DEFENSA EN LA CAPITAL

Contra lo que pudiera esperarse, tampoco reinaba un completo sentido de unidad en el esfuerzo defensivo, ni se habían acallado las pugnas partidistas. No entendían aún muchas cabezas la dura lección del divisionismo; ni faltaban, acaso, quienes habían hecho del divisionismo una misión al servicio, no de México, sino de sus facciones oscuras.

Santa Anna estuvo a punto de renunciar por tales disensiones. Pronto estaría el enemigo a la vista, empinado en las serranías que rodean al Valle, y el desastre vendría a desgranarse si faltaba un mínimo de unidad necesaria. Santa Anna desistió de su dimisión y se aprestó a la resistencia. Resistencia que quería significar la continuidad de la lucha, la defensa del Valle de México con tropas y fortificaciones, pero también la organización de nuevos guerrilleros para hostilizar al enemigo, que seguía prevaliéndose de su carne de ergástula, la contraguerrilla, cuyos integrantes ostentaban, sobre el sombrero de alas anchas, la insignia del ejército de los Estados Unidos. . .

El gobierno de México trabajó febrilmente, aunque volvió a escasear el dinero —ya que del aportado por el clero se habían operado menguas—, y al conjuro del patriotismo sumaron pronto catorce mil los hombres dispuestos a la defensa: tropa a la que se

agregaron los siete mil soldados de los generales Valencia y Alvarez, con los que Santa Anna esbozó su estrategia de conjunto.

La gente del general Gabriel Valencia venía del norte: se formaba con los hombres que habían combatido a Taylor, y sabían lo que era enfrentarse a los yanquis. Habían estado en La Angostura, y en sus mochilas venía escrita una página de gloria.

PADIERNA

Por diversos sitios limítrofes de la capital se habían levantado fortificaciones, cuando el invasor —rota toda gestión de paz— hizo su aparición con 14,000 hombres en el Valle de México al iniciarse el mes de agosto de 1847, ocupando con habilidad y tacto, con atinada precisión, los puntos claves de Ayotla, el Peñón, Chalco, Xochimilco y Tlalpan, sitio, este último, en el que estableció su cuartel general.

Su avance dislocó el plan de defensa, y fue menester rectificar las posiciones. Scott era un hombre que sabía lo que tenía entre manos. Conocía lo suyo y sabía prever lo que se tramaba en el campo opuesto. Era un estratega que no descuidaba detalles, ni se dejaba guiar por simples impulsos, cuando de su acción dependía la vida de sus hombres.

Està última cualidad no se encontraba siempre en algunos generales mexicanos. Establecido en Tlalpan, y mediante una estratagema de buenos frutos para él, Scott provocó a combate al general Valencia, valiente pero irreflexivo, quien decidió empeñarse en una absurda acción militar, desobedeciendo las órdenes superiores que le mandaban replegarse a Churubusco, haciéndole frente en la hacienda de Padierna, no obstante que el mismo general mexicano había desaconsejado este acto en comunicación anterior.

El choque se produjo como el invasor quería. Se combatió con denuedo de una y otra parte. Se mostró bizarría y pundonor; pero Valencia —según era previsible— quedó cercado. No recibió refuerzos de Santa Anna porque, además de una cierta rivalidad que

entre los dos mediaba, hacerlos llegar era difícil, e implicaba comprometer buena parte del ejército en una acción que Valencia aceptó con imprudencia.

El 20 de agosto, Valencia quedó derrotado pese a su bravura.

En seguida, desequilibrada la defensa, Scott atacó Churubusco, cuyo viejo convento, reliquia de épocas de paz, fue convertido en el principal recinto fortificado, al que se defendiera con heroicidad por el general Pedro María Anaya y los "polkos", y con los restos del batallón irlandés de San Patricio, cuyos componentes se habían desertado del ejército de los Estados Unidos —en el que forzadamente fueran enrolados—, pasándose al campo mexicano, en el que con valor supieron seguir el curso de la guerra con todas sus vicisitudes.

NUEVAS VICTORIAS NORTEAMERICANAS

La suerte de Churubusco era previsible: había en el convento 1,300 hombres, simples civiles la mayor parte de ellos, gente cuya profesión no eran las armas, sino que habían tomado éstas por un imperativo patriótico inaplazable. El acoso lo hacían 7,000 norteamericanos. Y para que nada faltase en la sucesión de los hechos negativos, muchas de las municiones recibidas a última hora no eran las apropiadas a las armas de que disponían... No pocos de los defensores quedaron heridos por sus propios proyectiles, que les estallaron al hacer fuego. A pesar de todo, el combate se extremó hasta el último instante. Todo asalto yanqui fue rechazado furiosamente, mientras hubo algo qué disparar en su contra... Pero en un momento dado, como cortado a filo, un extraño silencio sucedió al fragor de los disparos: sencillamente, con la sencillez del drama que se cumple, se habían agotado los proyectiles. Y la lucha era imposible de todo punto en aquel sitio.

El general Twiggs avanzó precavidamente. Penetró al recinto silencioso, y no pudo menos de demostrar su admiración por los vencidos, que le esperaron formados en orden de revista. Cuando llegó

ante el general Anaya, inquirió: "General, ¿dónde está el parque?" Con voz que era "más amarga que altiva", Anaya repuso con brevedad de espartano: "Si hubiera parque, no estaría usted aquí".

Era, no obstante, un nuevo baluarte que caía. Y con él, sus defensores: los mexicanos y los irlandeses, puesto que todos quedaron cercados. Scott, duro, inflexible, con los sentimientos transfundidos en militarismo deshumanizado, se mostró cruel. Y nunca es más cruel un castigo que cuando se hinca en un inerme, a merced de quien todo lo tiene. Cuanto se hizo para salvar a los irlandeses fue inútil. Gente de diversas categorías intercedió por ellos. Hombres de México y damas de México apelaron al corazón del jefe yanqui, inconmovible como un hierro; pero éste no se doblegó: los que no fueron ahorcados tuvieron que sentir en carne propia el rigor extremado de la venganza: fueron marcados a fuego, azotados y sujetos a humillante tratamiento.

ULTIMAS OPERACIONES MILITARES

Concluida la batalla de Churubusco, hubo a fines del mes de agosto negociaciones de paz, en medio de una tregua que ambos contendientes quisieron aprovechar. ¿Quién había pedido la tregua? No se sabe. Pero sí se sabe que en la mañana del día 21 recibió Santa Anna, de parte de Scott, una comunicación que decía textualmente lo siguiente:

"Demasiada sangre se ha vertido ya en esta guerra desnaturalizada entre las dos grandes repúblicas de este continente. Es tiempo de que la diferencia entre ellas sea amigable y honrosamente arreglada. Sabe Vuestra Excelencia, que un comisionado por parte de los Estados Unidos, investido con plenos poderes para este fin, está con el ejército. Para facilitar que las dos repúblicas entren en negociaciones, desea firmar en términos razonables, un armisticio. Quedo con impaciencia esperando hasta mañana por la mañana una respuesta directa a esta comunicación. Pero entre tanto,

tomaré y ocuparé las posiciones que juzgue necesarias al abrigo y comodidad de este ejército".

Santa Anna, a través del general Alcorta, aceptó el armisticio y reunió al Congreso para que se decidiese lo apropiado.

El día 25 se supo en la Secretaría de Relaciones que el comisionado, con plenos poderes, era Nicholas P. Trist, contestándose con el nombramiento de los comisionados mexicanos: los generales Herrera y Mora y Villamil, y los señores Couto, Atristáin y Arroyo. Ante ellos presentó Trist la pretensión norteamericana: los Estados Unidos querían el reconocimiento de la anexión de Texas a su seno, todo Nuevo México, una parte de Tamaulipas, otra de Coahuila y otra de Chihuahua, la mitad de Sonora, las dos Californias y dominio sobre el Mar de Cortés.

Contrapropuestas y argumentaciones hechas por los mexicanos hicieron que el comisionado disminuyese una parte de sus demandas. Se insistió ante éste que la cuestión de Texas, que originara el conflicto, se veía envuelta y superada por el propósito desorbitado de tomar posesión de multitud de territorios que nada tenían que ver con la materia de la disputa original. La injusticia de tal gesto era flagrante, como quiera que se hacía la guerra "a un pueblo por sola la razón de negarse a vender territorio que un vecino suyo pretende comprarle", según dijeran, con verdad, los representantes mexicanos.

Era imposible el acuerdo, porque no era posible la charla serena entre el agresor injusto y su víctima. Y no queriendo Scott que los mexicanos ganasen ventaja con la tregua, se comunicó con Santa Anna para indicarle que el armisticio estaba roto, inculpando de ello al ejército mexicano, y anunciando que sus tropas romperían las hostilidades sin mayor aviso. Santa Anna contestó con no disimulada ira, en términos que traslucían decoro y dignidad, sin perjuicio de aprestarse a la defensa ante la nueva ofensiva que ya se perfilaba.

Esta ofensiva se precipitó por Molino del Rey, cerca de Chapultepec y de Tacubaya. En Casa Mata y Molino del Rey ataca-

ron cinco mil norteamericanos, apoyados por una excelente artillería, a las tropas de los generales León, Pérez y Rangel, fuertes en cuatro mil hombres y cuatro cañones, cuya acción había sido combinada por Santa Anna para que resistiesen de frente, mientras la caballería, a las órdenes del general Juan N. Alvarez, y situada en la llanura al pie de la Hacienda de los Morales, debía atacar por los flancos tratando de decidir la batalla en nuestro favor.

Era patente que la infantería sola no podía resistir mucho tiempo. Ni su número era adecuado, ni sus dispositivos podían hacer que se alimentasen grandes esperanzas. La clave de la estrategia de Santa Anna radicaba en la caballería de Alvarez, cuyo jefe recibió la noche del 7 de septiembre instrucciones sobre la manera de actuar, visto el terreno y la disposición general de las tropas. Alvarez, con varios miles de jinetes a sus órdenes, no hizo ningún reparo a las indicaciones que Santa Anna le diera personalmente.

Al día siguiente se produjo el combate, denodado y valeroso por ambas partes. Algunos grupos mexicanos, como el del coronel Miguel Echegaray, atacaron con tal brío, que hicieron retroceder a los invasores, hasta que Scott envió más hombres en socorro de los suyos. Fervorosamente bregó la infantería, pero su complemento no llegó nunca. La caballería, que debió haber flanqueado a los yanquis, permaneció expectante. El general Schiafino, Juan José Baz y el coronel Ramiro llegaron ante Alvarez para requerirlo, con la urgencia que el caso ameritaba, para que entrase al combate, sin que se consiguiese mover al viejo cacique sureño, que acabó retirándose del campo con destino al norte de la capital, hacia la Villa de Guadalupe, para de allí dirigirse por diversos caminos a lugares seguros.

No han faltado los defensores de Alvarez que han buscado una justificación a su gesto. Y la defensa se ha hecho consistir fundamentalmente en dos cosas: que el terreno era poco favorable y que algunos de sus oficiales no querían obedecerle. Defensa inadmisible. En el primero de los casos, porque el propio

Alvarez admitió las instrucciones de Santa Anna y nada dijo; y porque poco después pasó por allí un cuerpo de caballería norteamericano, compuesto de 270 dragones, que no tuvieron mayores dificultades. En el otro caso, la argumentación es inoperante. Si un jefe tiene un subalterno que en acción de guerra se niega a cumplir las órdenes, lo destituye, lo procesa, o sencillamente lo aparta, nada de lo cual hizo Alvarez, por cuya inacción quedó hundida la defensa oeste de la capital en condiciones más que sospechosas.

Peor aún, Alvarez impidió que una fuerza de quinientos guerrilleros, dirigida por el cura de Cuautla, don Germán, se uniese a los patriotas que luchaban en aquellos momentos. El dato consta en el diario de don Mariano Riva Palacio que se conserva en la biblioteca García, folio 41.

En el claroscuro de la tragedia, la figura del cacique no se muestra ciertamente con plenitud de luz.

CHAPULTEPEC

El siguiente paso, en la ofensiva, constituyó la epopeya de Chapultepec. Epopeya realizada en los días siguientes, en el curso del mes de septiembre.

Chapultepec, por su eminencia ante la planicie del Valle, y por la naturaleza de su topografía, era un punto que tenía su importancia en la organización general de la defensa. Una cierta tradición militar consideraba a Chapultepec como la llave de la ciudad, y era cierto que venía a ser, a su modo, y con la menguada técnica de que se disponía, un baluarte que era necesario forzar para que el cerco en torno de la ciudad quedase estrechado.

Como una atalaya, el alcázar de Chapultepec se elevaba hacia el occidente, mirando a lo lejos a la pequeña ciudad de México, cuya extensión no desbordaba sus límites más allá del viejo Paseo de Bucareli.

Una explanada propicia a las maniobras y al tiro seguro de la artillería, cubría la distancia entre la urbe y la antigua construcción de Gálvez.

Allí tendría lugar la última acción importante de la guerra, y allí mismo, en postrer esfuerzo, se acuciaría el patriotismo en la agonía final de la tragedia.

No era una fortaleza inexpugnable. Tampoco un punto insignificante que los invasores desdeñasen antes de entrar a la capital. El ejército defensor había logrado llevar a cabo algunas obras que permitiesen acumular obstáculos, tanto en la construcción misma como en los espacios exteriores. En el camino de Tacubaya se construyó un hornabeque, y un parapeto en la puerta de entrada. Se quiso también tender un foso que rodease al bosque, pero sólo fue factible concluir una parte, quedando desguarnecido el resto.

Varias fortificaciones fueron hechas en el interior, y por el punto donde se pensaba que atacaría el enemigo se hicieron seis fogatas, pero sólo tres quedaron cargadas. Parapetos y sacos de arena completaban el activo del alcázar, que disponía además de un obús y de seis cañones de variada capacidad.

El general Nicolás Bravo era el comandante del lugar, teniendo por segundo al general Mariano Monterde, que fungía como director del Colegio Militar. La tropa disponible, entre soldados regulares y cadetes, no excedía de ochocientos hombres, distribuídos al pie del cerro, en las inmediaciones del bosque y en los distintos puntos de la eminencia. Bien por precipitación, bien por error, lo principal se fijó arriba, más que en el bosque, o al pie del cerro, y de esto se siguió que la resistencia se tornase todavía más quebradiza.

Aquélla era, no obstante, una afirmación más que una batalla. La afirmación del derecho frente a la acometida inicua. El último argumento, en definitiva, frente a la agresión. Nadie podía hacerse ilusiones sobre el curso de los hechos y sobre el resultado final; pero era menester alzar muy alta, precisamente por ello, la voz de la patria hollada, así saliese ésta entre borbotones de sangre de una garganta herida por la bayoneta yanqui, y por

el escupitajo, todavía más doloroso, de quienes no supieron estar —como los héroes niños— a la altura de la dignidad mexicana.

LA ULTIMA GESTA

Desde el amanecer del día 12 comenzó el cañoneo yanqui, volcado sobre la garita del Niño Perdido. Era el principio del fin. Cumplía su misión el fuego de la artillería norteamericana, no sólo causando estragos, sino provocando también la respuesta mexicana que a su vez se constituía en objetivo.

Desgraciadamente, la concentración de soldados en la parte superior del cerro y en el edificio, dio por resultado que muchos perecieran sin haber tenido la oportunidad de combatir, mermándose de esta suerte los dispositivos y el acervo humano. Un obús yanqui, colocado en Tacubaya, ocasionó daños considerables.

Al mediodía, Santa Anna fue en persona a Chapultepec, con grave riesgo para sí —hasta el punto de haber dispuesto que no lo acompañase su Estado Mayor—, dándose cuenta de lo que la defensa ofrecía, y de lo que podía esperarse ante un ataque renovado.

Santa Anna se retiró y siguió el acoso de la artillería, cuyo fuego no se detuvo sino hasta la caída de la noche. Los daños eran incalculables en todos sentidos, confundiéndose en las piezas del Mirador —convertidas en hospital de sangre—, los heridos y los cadáveres que hedían ya por la corrupción, con su rictus trágico.

Cayó la noche y la mente permaneció alerta. Los norteamericanos atacarían con toda seguridad al día siguiente, puesto que el bombardeo sólo fue un preludio que habría de ser sucedido por el ataque directo. ¿Quiénes resistirían? Algunos soldados desertaron en la noche, escalando las cercas. Pero los más aguardaron la realización de su destino, bajo la dirección serena del general Bravo.

Al clarear el día 13, la artillería volvió a manifestarse, pero

sólo por un tiempo. El necesario para que la infantería yanqui pudiese avanzar en contra de Chapultepec, que quedó atenido a sus propios elementos, porque Santa Anna ordenó que se guarneciese sólo el desemboque de las calzadas de Anzures y de la Condesa. Los generales Pillow, Quitman y Worth avanzaron desde Molino del Rey, y mediante una serie bien lograda de acciones de distracción, deshicieron la estrategia defensiva de Santa Anna, arrollando finalmente a los tiradores mexicanos tendidos en las cercanías, que fueron obligados a replegarse hasta el cerro, prontamente asaltado por las columnas enemigas.

El batallón de San Blas, dirigido por el teniente coronel Santiago Felipe Xicoténcatl, fue flanqueado y envuelto por los yanquis, aniquilándosele casi en su integridad al pie de Chapultepec, inclusive el jefe.

Otras acciones de varios cuerpos militares mexicanos se llevaron a cabo más hacia el norte, hasta la Tlaxpana, sobre la línea de fortificaciones tendida en aquella dirección, en donde los norteamericanos tuvieron algunas pérdidas de consideración relativa.

Ante el alud de los norteamericanos, cuya vanguardia estaba formada por una compañía del Regimiento de Nueva York, el resto de la tropa y los alumnos del Colegio Militar hicieron los últimos fuegos, en defensa del pabellón mexicano.

Algunos de los cadetes murieron; otros quedaron heridos; otros fueron hechos prisioneros finalmente. En unos y otros hay una página de heroísmo y de limpieza que nada podrá borrar, porque sus rasgos fueron trazados con líneas puras. Y todo mexicano siente, ante su memoria —¿cómo negarlo?—, una emoción lúcida, en la que se aúnan sentimientos, recuerdos y vivencias de mexicanidad, que no se empañan ni con el faccionalismo ni con las polémicas de partido, porque tocan a la esencia misma de nuestro pueblo.

Juan de la Barrera, que era teniente de ingenieros, prestaba sus servicios en el Batallón de Zapadores. Tenía diecinueve años

cuando murió en las fortificaciones hechas a la entrada de la calzada que une a Tacubaya con el bosque.

Agustín Melgar contaba dieciocho años, y se le tiene por originario de Chihuahua. No era ya alumno del Colegio por haber sido dado de baja al no asistir a una revista, pero cuando supo que sus compañeros se aprestaban a defender el alcázar, quiso ocupar su viejo puesto. Se le dio uniforme, arma y municiones. Hizo frente a los invasores parapetado tras los colchones del dormitorio, en la sala central, hasta caer acribillado por las balas y las bayonetas que lo dejaron agonizante, muriendo dos días después en el hospital que en el propio alcázar improvisaron los norteamericanos. La bravura de Melgar despertó una viva simpatía y admiración en muchos oficiales yanquis, que sabían respetar la gallardía de los opuestos.

De la misma edad era Fernando Montes de Oca, que fue muerto cuando saltaba de una ventana hacia las llanuras de Anzures, a fin de reunirse con los demás cadetes que habían bajado, al recibir órdenes en este sentido. Su cadáver permaneció insepulto durante tres días.

Vicente Suárez, de la segunda compañía, contaba con diecisiete años cuando murió. Su inmolación tiene caracteres especiales, de espartana grandeza militar. Estaba de centinela al pie de la escalera principal del Colegio, cuando la avalancha norteamericana se precipitó contra él. La ordenanza le mandaba no ceder el punto, sino hasta ser relevado del puesto; pero al cabo de cuarto, en el fragor de la lucha, se le olvidó la suerte del pequeño centinela, y éste no dio un paso atrás. Abandonado, solo, replegados sus compañeros, sin más compañía que su arma, vio llegar a él decenas de enemigos disparando y con la bayoneta calada, nada de lo cual lo inmutó.

Con su voz de adolescente marcó el obligado "¡alto ahí!" que fue su última expresión articulada. Resuelto a todo, disparó su arma contra el enemigo más cercano: un negro del Regimiento de Nueva York, que cayó muerto. Otro negro fue atravesado

por su bayoneta, pero no pudo hacer más: la multitud le rodeaba y le acosaba, y era imposible toda supervivencia. Su cuerpo, cubierto de heridas, se desplomó a poco.

Acribillado se encontró también el cuerpo de JUAN ESCUTIA, que fue de los últimos alumnos en bajar por el escarpado lado oriente. Por el propio lado, entre la maleza, se halló el cadáver de FRANCISCO MÁRQUEZ, el más joven de todos, que tenía apenas quince años.

Fueron los cadetes muertos. Los demás fueron hechos prisioneros, lo mismo que los generales Bravo y Monterde, y algunos oficiales.

SCOTT EN LA CAPITAL

Apoderado de Chapultepec, el ejército invasor atacó las garitas de San Cosme y de Belén, obligando a los defensores a replegarse.

Santa Anna tenía a su disposición cinco mil soldados de infantería y cerca de cuatro mil de caballería, restos de toda la fuerza militar de México, que de haberse enfrentado en las calles de la capital o en las inmediaciones, no habría sido sino carnaza de la artillería enemiga. Reunió el Presidente un Consejo de Guerra y dispuso la evacuación. Era, acaso, lo indicado en aquellas circunstancias. Prolongar la lucha era exponer a los habitantes de la ciudad a un castigo innecesario y absurdo. Y ya se sabía, por la dolorosa experiencia de Veracruz, que la población civil padecía los estragos de la metralla lo mismo que los combatientes... ¿A qué prolongar una agonía inútil?

El 14 de septiembre renunció a la Presidencia, que quedó en manos de don Manuel de la Peña y Peña, como Presidente que era de la Suprema Corte, saliendo Santa Anna con rumbo a la Villa de Guadalupe, de donde marchó con rumbo a Puebla para avanzar después a Oaxaca, aunque Juárez, que era gobernador de este Estado, no se lo permitió. Se ignora realmente por qué. El Padre

Cuevas aventura una hipótesis. Dice que probablemente no quiso autorizar el arribo de Santa Anna, obedeciendo órdenes de Gómez Farías, a tono con un escrito que quizá puede atribuirse a éste, localizado en su "archivo" —hoy en manos de la Universidad de Texas—, y que, aunque no está firmado, revela por su contexto un imperio que sólo Gómez Farías tenía en aquellos momentos sobre su partido.

El documento en cuestión dice:

"El ejército ha concluído ya. Sólo nos resta el último golpe a los miserables restos (del ejército mexicano) reunidos en esta capital; esto, lo hará el enemigo. Entre tanto, Ud. y otras personas influyentes en los Estados, no reciban tropas (mexicanas) permanentes en su seno: deséchenlas con energía como lo hizo el buen Gobernador de Michoacán con Valencia... La nación hablará y se entenderá fácilmente con la América del Norte, porque el bien general exige que ambas naciones giren alrededor de un centro común".

Si se unen tales conceptos con la actitud del propio Gómez Farías, el año de 1833, cuando pretendió romper la estructura del ejército permanente; y con los conceptos que poco después expresaran algunos prominentes liberales, como Suárez Iriarte, colaborador suyo, y otros, en el bochornoso Brindis del Desierto, puede colegirse con verdad que el entendimiento respecto de Norteamérica era un hecho continuado y no un mero accidente. ¿Eran síntomas de este gesto vuelto de espaldas a la mexicanidad, las expresiones de Farías al desembarcar los yanquis en Veracruz; la recepción de armas por parte de Alvarez en Zihuatanejo; la pasividad culpable y aun la resistencia al combate de este último en el Valle de México, en la variada gama de los sucesos cuya claridad deja mucho que desear?

Son datos de importancia para medir el esfuerzo de México en la defensa de su integridad, minado por la acción corrosiva que desde dentro ejercían, según parece, algunos que anteponían sus criterios políticos al más elevado, al más eminente, al más exigible respeto debido a la Patria.

Desdeñado por Juárez, salió Santa Anna rumbo a Colombia, escoltado por soldados norteamericanos.

El mismo día 14, los invasores hicieron su entrada a la ciudad de México —donde algunos extranjeros de mente dúctil quisieron ornar sus balcones—, aunque del pueblo sólo recibieron injurias, piedras y disparos, mientras el gobierno mexicano se establecía en Querétaro, con Peña y Peña y su Congreso al frente.

A partir de entonces, y hasta principios del año de 1848, la tropa invasora ocupó la capital, con variada fortuna en su comportamiento. Hay documentos que prueban hasta qué punto fue indigna y ultrajante la conducta de los "voluntarios" norteamericanos, autores de multitud de atracos y atentados de toda índole, que uno de sus compatriotas, John Williams, relató a su padre, general del ejército norteamericano, en carta donde se dolía de tales acontecimientos. El más completo de los historiadores mexicanos de aquel hecho, Roa Bárcena, menciona también documentos irrebatibles al respecto. Y García Cubas apunta, con la llana transparencia de su estilo, todo un anecdotario sobre el ejército de ocupación. Anecdotario en el que se apilan las observaciones más diversas, y las noticias más dispares en su origen: desde la briosa acometida de los voluntarios dirigidos por el Padre Jarauta, contra los yanquis; hasta el comportamiento adecuado de los cuerpos de rifleros y de artillería, pasando por las depredaciones de los "voluntarios"; la ingenuidad de los yanquis, expuestos a la malicia trapisondista de nuestros "léperos"; y la amistad interesada de las "margaritas", y la hez del pueblo, con la hez del ejército norteamericano. Anecdotario que pinta con viveza y relieve preciso las psicologías, las reacciones y los recursos de los actores de aquellos acaecimientos, en la tragicomedia de todos los días.

EL TRATADO DE GUADALUPE HIDALGO

En Querétaro, el Congreso debatió el asunto quemante de la paz o la guerra. Varios congresistas instaron a que se continuase

la lucha, aun en condiciones desesperadas. Otros optaron por que se pusiese término a la lucha, participando Peña y Peña de este mismo parecer.

Sabía lo menguados que estaban los elementos puestos al alcance de los mexicanos. Y quizá sabía también que la tensión guerrera de México tenía la contrapartida en la acción y en el pensamiento de quienes se habían constituído en servidores desbozados u ocultos de los invasores. No sólo los contraguerrilleros, cuya odiosa actitud provocó mil conflictos, sino también los que se cubrían tras las sombras, pero cuyo influjo era determinante, y de quienes nada bueno podía esperarse. Nada bueno en el sentido de la integridad nacional, porque sus esperanzas se cifraban en la anexión. Y de ellos podía esperarse todo, menos la prosecución de una resistencia denodada. ¿A qué exponerse más, cuando era el pueblo, ese que parecía ser juguete de la ambición del imperialismo y de los intereses de partido, el que más sufría, y en el que más hondamente se hincaba la desgracia?

No era un misterio que muchos extranjeros radicados en México —árbitros oficiosos de un destino que no era el suyo—, se mostraban partidarios de la anexión total del país a los Estados Unidos. Ni se ignoraba que en ello eran secundados por varios nacionales nuestros. Expresamente lo reconocen así el norteamericano Trist, y los documentos de don José Fernando Ramírez, que corroboran cabalmente el aserto.

Todo parecía indicar que el paso conveniente era el de la paz. Pero el de una paz honrosa, que salvaguardase la dignidad, y que tratase de rescatar, en medio del desastre, un mínimo de elementos necesarios para la subsistencia de la nación. Fue de esta suerte como se firmó, el 2 de febrero de 1848, el *Tratado de Guadalupe Hidalgo*, que puso término legal a la guerra.

Los negociadores mexicanos, como don Bernardo Couto, don Luis G. Cuevas y don Miguel Atristáin, supieron llevar el asunto con mucho talento y dignidad: los territorios en los que iba a cesar la soberanía de México, se perdían no por simple cesión, ni por

compraventa, sino impositivamente, como consecuencia fatal de la guerra. Y con ello, la honra del país, por lo menos, podía considerarse a salvo ante la agresión injusta.

El Tratado de Guadalupe Hidalgo tuvo la firma de Mr. Nicholas Trist, a nombre de los Estados Unidos.

Por virtud de dicho documento, los Estados Unidos se comprometieron a pagar 15 millones de pesos como indemnización, mas el pago que ellos harían de 3 millones 250 mil pesos debidos a sus nacionales por reclamaciones pendientes contra el gobierno mexicano; teniendo, asimismo, la obligación de proteger la nueva frontera contra las invasiones de indios norteamericanos contra México, por más que en la práctica no sólo no cumplieron con ello, sino que en cierto modo fomentaron las depredaciones al comprar a esos mismos indios el ganado que robaban en las rancherías y haciendas mexicanas.

Así concluyó la guerra desigual que tomando pie en un tiroteo de patrullas —pretexto desleal que mal recubría los propósitos de despojo—, vino a convertirse en una calamidad en la que se precipitaron las pasiones, el heroísmo, los bienes desgajados, la espléndida organización yanqui y el pecho descubierto de un ejército, como el nuestro, cuya mejor arma estaba en su coraje y en su afán patriótico.

EL BRINDIS DEL DESIERTO

Un hecho lamentable, de claros perfiles bochornosos, vino a contrastar contemporáneamente a los datos anteriores. En efecto, mientras en Guadalupe Hidalgo se procuró dar constancia del decoro nacional, un grupo de mexicanos y de extranjeros pertenecientes al Ayuntamiento capitalino, inclusive el alcalde Francisco Suárez Iriarte, que fuera ministro de Gómez Farías, tramaban maquinaciones de anexionismo servil. "En la capital —decía de ellos Peña y Peña—, donde flamea el pabellón americano, se maquina traidoramente contra la nacionalidad del país, y algunos mexica-

nos a quienes la posteridad llenará de execración, se disputan el poder, usurpan la autoridad municipal, se apoderan de los escasos recursos de la desdichada ciudad y buscan apoyo para sus crímenes en la fuerza del invasor".

El hecho a que nos referimos es el famoso *Brindis del Desierto*, con que un grupo de los anexionistas agasajó a los invasores junto a las ruinas góticas del convento de Tlalmanalco, cerca de una cascada.

Varias fuentes dan cuenta del hecho, como Villaseñor, Salado Alvarez y el general norteamericano Ethan Allen Hitchocock, en sus *Memorias*.

Este habla de las viandas servidas, delicadamente preparadas, de los buenos vinos, de la disposición general del banquete y de los cincuenta comensales presididos por el alcalde. No podían faltar guitarristas y diligentes camareros, ponderando el yanqui lo bien que se comió y se bebió, y lo que allí se dijo en los brindis, instándose a los norteamericanos a que no salieran de México sin haber destruído "la influencia del clero y del ejército".

La bajeza de aquel Ayuntamiento correspondía a su origen, ensombrecido por la ayuda yanqui desde el proceso electoral hasta la instalación. El Brindis del Desierto, en el que también estuvo Miguel Lerdo de Tejada, futuro autor de la Ley de Desamortización de Bienes de la Iglesia, no era sino un eslabón del proceso. Las llaves del Cabildo las recibieron los concejales Hegewitz, Palacios y Buenrostro, de manos del jefe invasor Hammond, y participaron la instalación al general Smith, gobernador de la plaza. Su mente estaba vuelta en un todo contra los valores tradicionales, buscándose una renovación en la que el anexionismo a los Estados Unidos no estaba ausente. El propio general Winfield Scott dijo en sus *Memorias* y en sus informes oficiales que se le hicieron diversas sugestiones para que aceptara una dictadura en México de cuatro o seis años, con quince mil hombres de ocupación, auxiliados por tropas "indígenas". Pero Scott vio con prevención las insinuaciones y nunca soltó presa definitiva.

No es aventurado ver en tal gesto una consecuencia lógica de la autodenigración que Pereyra ha estudiado en nuestros hombres públicos del siglo pasado, que enemistados con la tradición, no vacilaban en buscar el amparo yanqui, como objetivo máximo de felicidad política. La traición de Zavala, en el caso de Texas, fue notable como ejemplo: ante la disyuntiva de su ideal político de raíz exótica, y las vivencias de su pueblo, optó por lo primero, volviéndose de espaldas a las segundas. La secuencia de su actitud encontró eco en los hombres del Brindis del Desierto.

LA DURA LECCION

Firmado el Tratado de Guadalupe, el gobierno mexicano se instaló de nuevo en la capital, evacuada por las fuerzas invasoras. Todavía quedaron, sin embargo, algunas partidas de aventureros y salteadores norteamericanos, pertenecientes a esa ralea sucia de los "voluntarios" de su país, salidos los cuales México se encontró de nuevo enfrentado a sí mismo: a su desgarramiento y a sus heridas morales, a sus pugnas de partido y a su afán vibrante de vida, más la amarga experiencia de una derrota que había costado la mitad del territorio; experiencia que había demostrado cómo el concepto de nacionalidad y de patriotismo se encontraba debilitado y maltrecho en algunos, pero que decía también hasta qué punto era posible, con aquel pueblo de las grandes y las pequeñas gestas, el pueblo de La Angostura y Veracruz, Monterrey y Chapultepec, forjar una Patria de perfil recio. . .

La dura lección de la guerra del 47 aportaba elementos de ese magisterio que se amasa a golpes de vida.

INDICE

I. VARIOS AÑOS ANTES

Cautivo y humillado 4
Afán expansionista 6
La república texana 8

II. GESTIONES INFRUCTUOSAS

Herrera y el pacifismo 9
Texas, estado norteamericano 11
Agentes de compras 12
Guerra necesaria y gloriosa 13
Los extremos se tocan 15
Propaganda monárquica 15
La "ingenuidad" federalista 17
Federación y Santa Anna 18
Santa Anna retorna a México 20
Agitación política 21

III. LA CAMPAÑA EN EL NORTE

La "agresión" mexicana 24
Opiniones discrepantes 26
Ejércitos en marcha 27
Nuevos amagos 29

Camino de cadáveres 32
La Angostura 34

IV. LA POLITICA DE GOMEZ FARIAS

Penuria económica 37
Los bienes del clero 38
El viejo proyecto de Zavala 39
Gómez Farías y los polkos 40
Aportación eclesiástica 43

V. EL ATAQUE POR EL ORIENTE

El camino de Cortés 44
El asalto a Veracruz 45
Cerro Gordo 46
Scott en Puebla 49
Aprestos de defensa en la capital 51
Padierna 52
Nuevas victorias norteamericanas 53
Ultimas operaciones militares 54
Chapultepec 57
La última gesta 59
Scott en la capital 62
El Tratado de Guadalupe Hidalgo 64
El brindis del desierto 66
La dura lección 68

Acabóse de imprimir esta Primera Edición de La Guerra del 47, *el día 30 de marzo de 1957, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero. México 3, D. F. El tiro fue de 3,000 ejemplares.*